

Jordanes

**ORIGEN Y GESTAS
DE LOS GODOS**

JORDANES

ORIGEN Y GESTAS DE LOS GODOS

Edición y traducción de José María Sánchez Martín

ÍNDICE

Prólogo.....	4
--------------	---

Primera parte: MIGRACIONES DE LOS GODOS

Capítulo primero. Descripción general de la Tierra.....	5
Capítulo II. Descripción de las Islas Británicas.....	5
Capítulo III. Descripción de la isla de Escandia.....	6
Capítulo IV. Salida de los godos de Escandia y asentamiento en Escitia.....	7
Capítulo V. Descripción de Escitia y de sus pueblos.....	8
Capítulo VI. Los godos se enfrentan al rey de Egipto y conquistan Asia.....	10
Capítulo VII. Guerras de las Amazonas y descripción del Cáucaso.....	11
Capítulo VIII. Los hijos de las Amazonas.....	12
Capítulo IX. El rey Télefo.....	12
Capítulo X. Guerras de los godos contra los persas y los griegos.....	13
Capítulo XI. Deceneo instruye a los godos en las artes y las ciencias.....	14
Capítulo XII. Descripción de Dacia y del Danubio.....	15
Capítulo XIII. Los godos vencen a los romanos.....	15
Capítulo XIV. Genealogía de los Ámalos: ostrogodos y visigodos.....	16
Capítulo XV. Hazañas del emperador Maximino el godo.....	16
Capítulo XVI. Los godos pasan de aliados a enemigos de Roma.....	17
Capítulo XVII. Guerras contra los gépidas.....	18
Capítulo XVIII. El rey Cniva y la guerra con Decio.....	19
Capítulo XIX. Alianza de los godos con Galo y Volusiano.....	19
Capítulo XX. Los godos arrasan Asia Menor y Trocía.....	20
Capítulo XXI. Los godos ayudan a los romanos en su guerra contra los partos.....	20
Capítulo XXII. Geberico vence a los vándalos.....	21
Capítulo XXIII. Hermanarico vence a los hérulos, los vénetos y los estos.....	21
Capítulo XXIV. La invasión de los hunos.....	22

Segunda parte: LOS VISIGODOS

Capítulo XXV. Los visigodos se establecen en Dacia, Mesia y Tracia.....	24
Capítulo XXVI. Hambruna entre los visigodos y muerte de Valente.....	24
Capítulo XXVII. Los godos bajo el emperador Teodosio.....	25
Capítulo XXVIII. Atanarico visita Constantinopla.....	25
Capítulo XXIX. Alarico llega hasta Ravena.....	26
Capítulo XXX. Alarico saquea Roma.....	27
Capítulo XXXI. Ataúlfo conquista las Galias e Hispania.....	28
Capítulo XXXII. Reinado de Valia.....	28
Capítulo XXXIII. Los vándalos pasan a África.....	29
Capítulo XXXIV. Hunos y romanos luchan contra Teodoredo.....	30
Capítulo XXXV. Orígenes y carácter de Atila.....	31
Capítulo XXXVI. Los romanos se alían con los visigodos contra Atila.....	32
Capítulo XXXVII. Teodoredo y Aecio ocupan Orleans.....	33
Capítulo XXXVIII. La batalla de los Campos Cataláunicos.....	34
Capítulo XXXIX. Arenga de Atila a su ejército.....	34
Capítulo XL. Muerte de Teodoredo y derrota de Atila.....	35
Capítulo XLI. Turismundo es proclamado rey.....	36
Capítulo XLII. Atila devasta Italia.....	37
Capítulo XLIII. Muerte de Turismundo.....	38
Capítulo XLIV. Los suevos se apoderan de parte de Hispania.....	38
Capítulo XLV. Reinado de Eurico. Últimos emperadores romanos.....	39
Capítulo XLVI. Odoacro depone a Rómulo Augústulo.....	40
Capítulo XLVII. Muerte de Eurico y proclamación de Alarico II.....	41

Tercera parte: LOS OSTROGODOS

Capítulo XLVIII. Los ostrogodos sometidos a los hunos.....	42
Capítulo XLIX. Muerte y funerales de Atila.....	43
Capítulo L. Los ostrogodos se liberan del yugo de los hunos.....	44
Capítulo LI. El obispo Ulfila.....	45
Capítulo LII. Nacimiento e infancia de Teodorico.....	45
Capítulo LIII. Los ostrogodos se enfrentan a los suevos.....	46
Capítulo LIV. Triunfos militares de Teodomiro.....	47
Capítulo LV. Regreso de Teodorico y lucha contra los sármatas.....	47
Capítulo LVI. Conquistas de los ostrogodos en las Galias y Macedonia.....	48
Capítulo LVII. Teodorico vence a Odoacro y se proclama rey de Italia.....	49
Capítulo LVIII. Política exterior de Teodorico.....	50
Capítulo LIX. Muerte de Teodórico y reinado de Atalarico.....	51
Capítulo LX. Justiniano emperador: conquistas de Belisario en Italia.....	51

PRÓLOGO

1. Me mandas, hermano Castalio, que me adentre en alta mar, a mi que deseo surcar en una pequeña barquilla las orillas de una playa tranquila y pescar, como dice alguien, peces diminutos en los estanques de los Antiguos, y tratas de convencerme para que abandone la obrilla que tengo entre manos, la *Abreviación de las Crónicas*, y que resuma con mis propias palabras en un solo libro los doce volúmenes del Senador¹ sobre el origen y las gestas de los getas² por generaciones de reyes desde sus comienzos hasta nuestros días. ¡Encargos hartos difíciles, como si fuesen impuestos por alguien que no quisiera comprender lo arduo de la empresa! Y no te das cuenta de que mi inspiración es demasiado simple para estar a la altura de su magnífico talento oratorio.

2. Pero lo más arduo es que ni siquiera tengo posibilidad de consultar esos mismos libros para mantenerme fiel a su sentido. Aunque, para no mentir, hace tiempo pude hacer una lectura rápida de estos libros durante tres días, gracias a los buenos oficios del administrador del autor y, a pesar de no reproducir con precisión las palabras, creo que recuerdo completamente el sentido de los hechos narrados.

3. A esto he añadido varios datos que me han parecido convenientes sacados de algunos historiadores griegos y latinos, y he introducido en el texto un comienzo y un final, así como muchas aportaciones de mi propia cosecha. Por tanto, recibe con agrado lo que me solicitaste sin reproches por mi parte, y léelo con mayor agrado aun. Si he omitido algún detalle y tú, como vecino que eres de este pueblo, lo recuerdas, añádelo y ruega por mi, queridísimo hermano. Que el Señor te acompañe. Amén.

¹ El «Senador» es Flavio Magno Aurelio Casiodoro (485-580 d C), autor de una extensa obra en doce libros sobre la historia del pueblo godo de la que la de Jordanes constituiría el resumen. (Nota del editor)

² Antigua denominación de los godos.

Primera parte: MIGRACIONES DE LOS GODOS

Capítulo primero. Descripción general de la Tierra

4. Nuestros antepasados, como cuenta Orosio, consideraron que toda la circunferencia de la Tierra rodeada por el cinturón del Océano estaba dividida en tres partes y las llamaron Asia, Europa y África. Sobre esta división tripartita del globo terráqueo existe un número casi incontable de escritores que no sólo explican la situación de las ciudades y lugares, sino también, lo que es más preciso aún, calculan sus distancias en pasos y millas. Determinan también la situación en la inmensidad del grandioso mar Océano de las islas, tanto mayores como menores, expuestas al oleaje marino, a las que denominan Cicladas o Espóradas.

5. Por lo que respecta a los inaccesibles confines del Océano, no sólo nadie ha emprendido la tarea de describirlos, sino que ni siquiera a nadie le ha sido posible traspasarlos, porque, dada la resistencia que ofrecen las algas y la ausencia de vientos, se comprende que son un lugar sin retorno, conocido solamente por Aquel que lo creó.

6. Sin embargo, las costas situadas a este lado del mar, que hemos denominado cinturón de toda la Tierra, y que rodean sus confines a modo de corona, han sido perfectamente conocidas por los hombres curiosos que han decidido escribir sobre estos asuntos, ya que este cinturón terrestre tiene sus propios moradores y algunas islas de ese mismo mar están habitadas. Por ejemplo, en las regiones orientales y en el océano índico están Hipópodes, Jamnesia y la isla abrasada del Sol, que, aunque inhóspita, se extiende considerablemente en longitud y latitud. Está también Taprobana, en la que, además de aldeas y casas de campo, existen diez hermosas ciudades bien fortificadas. Pero hay una isla mucho más agradable aún, la Silefantina, así como Terón, que aunque no han sido descritas por escritor alguno, están abundantemente provistas de riquezas.

7. Este mismo Océano tiene en su parte occidental algunas islas bastante grandes conocidas por casi todo el mundo, dada la abundancia de viajeros que van y vienen de ellas; y están también junto al estrecho de Gades, a escasa distancia, una que es denominada Feliz y otra Afortunada. Algunos colocan también entre las islas del Océano aquellos dos promontorios gemelos de Galicia y Lusitania, en uno de los cuales se observa todavía el templo de Hércules y en otro el monumento a Escipión. Sin embargo, dado que están unidos al extremo del territorio gallego, pertenecen más al gran continente europeo que a las islas del Océano.

8. Tiene además este mar otras islas en su parte más interior que se llaman Baleares; y tiene también otra, Mevania, así como las Orcadas, en número de treinta y tres, aunque no todas habitadas. Tiene también en su extremo más occidental otra isla llamada Tule, de la que dijo entre otras cosas el poeta mantuano³: *que te obedezca Tule, situada en los confines del orbe*.

9. Este mismo Océano inmenso acoge igualmente en su parte ártica, es decir, septentrional, una gran isla cuyo nombre es Escandia, a partir de la cual comenzaremos nuestro relato con la ayuda del Señor, ya que el pueblo cuyo origen tan insistentemente me preguntas llegó al continente europeo después de salir del corazón de esta isla como un enjambre de abejas. Cómo y en qué condiciones se realizó esta salida lo explicaremos en los siguientes capítulos, si el Señor nos lo concede.

Capítulo II. Descripción de las Islas Británicas

10. Pero ahora trataré brevemente y en la medida de mis posibilidades de la isla de Britania, que está situada en el corazón del Océano, entre las Hispanias, las Galias y Germania. Aunque en otro tiempo, como cuenta Livio, nadie la circunnavegó en toda su extensión, fueron muchos los que expresaron diversas opiniones sobre ella. Si bien es cierto que permaneció durante largo tiempo inexpugnable ante los ejércitos romanos, Julio César la hizo accesible con sus combates, en los que

³ Virgilio.

buscaba tan sólo su gloria personal. Más tarde muchas personas la recorrieron gracias al comercio y por otros motivos, y reveló a la siguiente generación, deseosa de conocerla, su situación más exacta. Ésta es la que expongo aquí tal y como nos es transmitida por los autores griegos y latinos.

11. Buen número de ellos afirmaron que es de forma triangular, semejante a una cuña, que se extiende entre la región septentrional y la occidental, formando un gran ángulo frente a la desembocadura del Rin; desde allí se estrecha en anchura oblicuamente, volviendo sobre sí misma para formar otros dos ángulos, y sus dos lados más largos se dirigen a la Galia y a Germania.

12. Se dice que su mayor anchura es de dos mil trescientos diez estadios y que su longitud no sobrepasa los siete mil ciento treinta y dos estadios. Está formada por una llanura cubierta en parte de matorrales y en parte boscosa, en la que surgen también algunos montes, rodeada por un mar sosegado, que se presta difícilmente a ser surcado por los remos y que no se altera por el soplo de los vientos. Creo que esto se debe a que las tierras están tan alejadas que impiden el oleaje, ya que el mar se extiende más ampliamente allí que en cualquier otro lugar.

13. Cuenta Estrabón, renombrado escritor griego, que esta isla, empapado su suelo por los frecuentes desbordamientos del océano, exhala nieblas tan densas que ocultan el sol e impiden verlo, oscureciendo casi durante todo el día su claridad misma. En la parte más alejada de la isla, la noche es también más clara y mucho más corta. También Cornelio, autor de los *Anales*, relata que es muy rica en todo tipo de metales, abundante en pastos y más fértil en todo tipo de alimentos para el ganado que para el hombre, y que fluyen y refluyen por su superficie enormes ríos que arrastran piedras preciosas y perlas.

14. Los siluros⁴ son de tez morena y la mayoría nacen con el cabello rizado y negro. En cambio, los habitantes de Caledonia son pelirrojos y corpulentos, pero blandos. Se parecen a los galos o a los hispanos, dependiendo de su orientación hacia uno u otro país, por lo que conjeturaron algunos que la isla acogió a pobladores venidos de estos pueblos vecinos. Todos los pueblos y sus reyes son igualmente salvajes. Dión, famosísimo escritor de anales, es el responsable de agruparlos a todos bajo las denominaciones de caledonios y meatos. Viven en chozas de mimbre, compartiendo techo con el ganado, y los bosques les sirven a menudo de morada. No sé si se pintan sus cuerpos con hierro para adornarlos o por algún otro motivo.

15. Se hacen frecuentemente la guerra entre ellos, o por deseo de poder o para aumentar sus posesiones, luchando no sólo a caballo o a pie, sino también con bigas y con carros guarnecidos de hoces, que llaman en su idioma «*esedas*». Basten estos pocos datos sobre la situación de la isla de Britania.

Capítulo III. Descripción de la isla de Escandia

16. Volvamos a la situación de la isla de Escandia donde la habíamos dejado más arriba. En efecto, el ilustre geógrafo Claudio Tolomeo la recuerda en el libro segundo de su obra diciendo: «*hay una gran isla situada en la zona ártica del Océano, llamada Escandia, con las costas pandeadas a modo de hojas de cedro, que se extiende a lo largo y se cierra sobre sí misma*». De ella cuenta Pomponio Mela que está situada en el golfo de Codano.

17. El Océano baña sus costas. Está situada enfrente del río Vístula, que, tras nacer en las montañas sármatas, desemboca en el Océano septentrional, enfrente de Escandia, por medio de tres brazos que dividen Germania y Escitia. En la parte oriental del interior del continente existe un extenso lago, desde el que, como surgido de una especie de vientre, fluye el río Vagi en dirección al Océano. En su parte occidental está circundada por un mar inmenso; por el norte también la rodea el mismo Océano inmenso e innavegable, del que surge una especie de brazo que revuelve las aguas para formar el mar Germánico.

18. Se piensa que existe allí también un grupo de pequeñas pero numerosas islas y que los lobos se quedan ciegos cuando pretenden acceder a ellas a través del mar congelado, debido a las

⁴ Del actual País de Gales.

bajísimas temperaturas. Así que resulta ser una tierra no sólo inhóspita para los hombres, sino cruel incluso para las bestias salvajes.

19. Aunque en Escandía, la isla de la que estamos tratando, están establecidos muchos y diversos pueblos, Tolomeo menciona solamente siete de sus nombres. Allí no se encuentran por ninguna parte enjambres de abejas melíferas, a causa del intenso frío. En su parte ártica se asienta el pueblo adogit, del que se dice que en mitad del verano tiene cuarenta días y cuarenta noches continuas de luz solar y que, del mismo modo, en el período invernal se ve privado de claridad durante el mismo número de días y de noches. Así, alternando la pena con la alegría, tienen ventajas e inconvenientes distintos a los demás pueblos.

20. ¿Y esto, por qué? Porque cuando los días se hacen más largos, ven que el sol vuelve a oriente rozando el horizonte, mientras que cuando se acortan, no pueden observarlo así, sino de otro modo, porque recorre los signos australes, y el sol que nos parece a nosotros que sale de debajo de la Tierra creen ellos que está dándole la vuelta.

21. Por lo demás, están allí también los pueblos escrerefenos⁵, que no toman cereales como alimento, sino que se mantienen con la carne de las fieras y con huevos de las aves. Ponen allí, en los terrenos pantanosos, tantos huevos, que no sólo son suficientes para asegurar la continuación de la especie, sino también para sustentar abundantemente a este pueblo. Habita allí también otro pueblo, el de los suehanos, que, como los turingos, se sirven de excelentes caballos. Son también éstos los que hacen llegar a los romanos, a través de otros innumerables pueblos por medio del comercio, las pieles de color zafiro que suelen utilizar, y se han hecho famosos por el hermoso color negro de sus pieles. Aunque viven pobremente, se visten con gran riqueza.

22. Después viene una multitud de naciones diversas, los teustes, los vagot, los bergio, los hallin, los liótidas, que se asientan todos ellos en regiones llanas y fértiles y a causa de esto son devastados por las incursiones de otros pueblos. Luego están los ahelmil, los finaitas, los fervir, los gautigodos, raza de hombres fieros y dispuestos siempre a combatir; después vienen los ostrogodos, mezclados también con los greotingos. Todos ellos viven en las rocas que han excavado a modo de refugios, como las fieras salvajes.

23. Más lejos de éstos están los raumáricos y los ragnáricos, los finos, sumamente pacíficos, más afables que los demás pobladores de Escandía, y semejantes a ellos son los vinovil. En este grupo de pueblos se suele colocar también a los otsuétidas, aunque superan a los restantes en estatura, y también a los daneses, procedentes de su misma stirpe, que expulsaron de sus tierras a los hérulos, y que reivindican para sí un nombre privilegiado entre todos los pueblos de Escandía en virtud de su elevada estatura.

24. Por lo demás, hay que situar también en esta zona a los granios, auganzos, eunixos y telas, rugos, arotos y ranios, que tuvieron como rey a Rodolfo no hace muchos años, quien, despreciando su propio reino, marchó al lado de Teodorico, rey de los godos, y encontró lo que echaba de menos. Así pues, estos pueblos, superiores a los germanos en fuerza y valor, combatían con una fiereza propia de bestias salvajes.

Capítulo IV. Salida de los godos de Escandia y asentamiento en Escitia

25. Se cuenta que en otro tiempo los godos salieron con su rey, llamado Beng, de esta isla de Escandía, a la que se puede considerar una fábrica de razas o un vivero de pueblos. Tan pronto como desembarcaron de sus naves y tocaron tierra dieron su nombre al territorio que hoy, según se dice, se llama Gotiscandia.

26. Desde allí marcharon al territorio de los ulmerugos, que por entonces ocupaban las riberas del Océano, acamparon allí y, tras entablar combate con ellos, los expulsaron de sus propias tierras. Más tarde sometieron a los vándalos, vecinos de aquéllos, y los añadieron al número de sus vencidos. Pero como su población aumentó notablemente, después de que aproximadamente cinco

⁵ Laponos o fineses.

reyes hubieran sucedido a Beng, Filimer, hijo de Gadanco, nada más comenzar a reinar, decidió salir de allí al frente del ejército de los godos al que acompañaban sus familias.

27. Mientras buscaba territorios y lugares convenientes y apropiados para establecerse, llegó a las tierras de Escitia, que en su lengua se llamaban «Oium», donde se quedó maravillado por la riqueza de estas regiones. Pero se cuenta que el puente por el que cruzaban un río se derrumbó cuando tan sólo la mitad del ejército lo había atravesado y no hubo manera de repararlo, de modo que ni los unos pudieron volver atrás ni los otros continuar adelante, pues este lugar, por lo que se cuenta, está cerrado por un abismo rodeado de pantanos con arenas movedizas y al que la Naturaleza ha convertido en un lugar inaccesible por la mezcla de estos elementos. Sin embargo, hoy todavía se pueden escuchar allí las voces de los rebaños e incluso distinguir rastros humanos, según testimonio de los viajeros, a los que se puede creer aunque sólo los hayan oído desde lejos. Así que la parte de los godos que se cuenta que llegó junto a Filimer a las tierras de «Oium» después de atravesar el río tomó posesión del suelo deseado.

28. Sin demorarse lo más mínimo llegan ante el pueblo de los espalos, trabaron combate y consiguen vencerlos. Desde allí, ya como vencedores, se dirigen rápidamente hacia los últimos territorios de Escitia, limítrofes con el mar del Ponto. Así se narra comúnmente en sus más antiguos poemas, escritos a modo de historia; así lo atestigua también Ablavio, que describe admirablemente al pueblo godo en su verídica *Historia*, y algunos otros escritores antiguos se muestran también partidarios de esta opinión.

29. Ignoro por qué Josefo, autor de anales muy digno de crédito, cuando siempre es fiel a la verdad e investiga las últimas causas de los hechos que narra, ha omitido lo que yo he contado sobre los orígenes remotos de la nación goda; tan sólo menciona a este pueblo desde que se asentó en este lugar y asegura que esta denominación de escitas se refiere tanto a su nombre como a su raza. Pero, antes de pasar a otros asuntos, es preciso que señalemos los límites de esta tierra tal y como se encuentran fijados.

Capítulo V. Descripción de Escitia y de sus pueblos

30. En realidad Escitia es limítrofe con el territorio de Germania en el punto en el que nace el río Ister⁶ o donde se forma la laguna Mursiana, extendiéndose hasta los ríos Tira, Danastro⁷ y Vagosola⁸, y hasta el gran Danapro⁹ y el monte Tauro¹⁰, no el de Asia, sino uno propio de Escitia, por todo el entorno de la Meótida¹¹, y, más allá de ésta, por el estrecho del Bósforo¹² hasta el monte Cáucaso y el río Araxes.¹³ Después vuelve hacia la izquierda tras el mar Caspio. En los últimos confines de Asia, desde el océano Eurobóreo, surge con forma de hongo, estrecha al principio, y luego prosigue con forma más alargada y redonda, en dirección al país de los hunos, los albanos y los seres.

31. Este país del que hablo, o sea, Escitia, se extiende longitudinalmente y se abre a lo ancho por su parte oriental. Justo en el lugar en el que comienza limita con los seres, que se asientan en las riberas del Caspio, al occidente tiene a los germanos y al río Vístula; por la parte de la Osa, es decir al norte, está rodeada por el océano y por el sur por Persia, Albania, Iberia¹⁴, el Ponto y el tramo final del Ister, al que llaman Danubio, desde su desembocadura hasta su nacimiento.

⁶ Danubio.

⁷ Son el mismo río, el Dniéster.

⁸ Bug.

⁹ Dniéper.

¹⁰ En Crimea.

¹¹ Mar de Azov.

¹² Estrecho de Kerch, entre el mar de Azov y el mar Negro.

¹³ Araks.

¹⁴ La del Cáucaso.

32. Por lo que respecta al territorio que limita con la costa del Ponto, contiene ciudades nada desconocidas: Boristenide, Olbia, Calípida, Quersone, Teodosia, Careonte, Mirmición y Trebisonda, que los indomables pueblos escitas permitieron fundar a los griegos para poder comerciar con ellos.

33. En medio de Escitia hay un lugar entre Europa y Asia que separa a una de la otra; son los montes Rífeos, que vierten sus aguas en el inmenso río Tanáis¹⁵, que desemboca en la Meótida. El contorno de esta región pantanosa mide ciento cuarenta y cuatro mil pasos y su profundidad no sobrepasa en ningún lugar las ocho brazas. El primer pueblo que habita en Escitia empezando por occidente es el de los gépidas, que están rodeados por grandes y famosos ríos: el Tisia discurre siguiendo el Aquilón y el Coro, y el gran Danubio por el Ábrego; el Aluto lo hace, rápido y revuelto, por la aurora, precipitándose con furia en el cauce del Ister.

34. Situada entre estos ríos se halla Dacia, protegida por los escarpados Alpes¹⁶ dispuestos a modo de corona. A la izquierda de éstos, en dirección al Aquilón, se asienta la populosa nación de los vénetos, ocupando un inmenso territorio desde el nacimiento del Vístula. Aunque sus denominaciones varíen dependiendo de las tribus y los lugares, sin embargo, se los llama principalmente esclavenos y antes.

35. Los esclavenos habitan el territorio que se extiende desde la ciudad de Novioduno y el lago llamado Mursiano, hasta el Danastro y por el norte hasta el Vístula. Tienen pantanos y bosques en lugar de ciudades. Los antes, por su parte, que son los más valerosos, se extienden desde el Danastro hasta el Danapro, por donde dibuja una curva el mar del Ponto. Estos ríos distan uno del otro muchas jornadas de camino.

36. En la costa del Océano, donde la corriente del río Vístula se disgrega en una triple desembocadura, viven los vidivarios, que son un conglomerado de pueblos diferentes; tras ellos, dominan las riberas del océano los estos, un pueblo totalmente pacífico; al sur de los estos se asientan los acaziros, un pueblo muy valeroso que desconoce la agricultura y que vive del ganado y de la caza. Más allá de éstos se extienden sobre el mar del Ponto las tierras de los búlgaros, a los que hicieron famosísimos las desgracias ocasionadas por nuestros pecados.

37. Después están ya los hunos, una raza muy valerosa y prolífica que hizo crecer como la hierba la rabia de sus dos pueblos, pues unos se llaman alziagiros y los otros saviros, pero sólo los diferencian los lugares en los que se asientan. Los alziagiros viven junto a Quersone, adonde llevan las mercancías asiáticas los ávidos comerciantes. Durante el verano vagan por los campos sin lugar de residencia fijo, dependiendo de los pastos necesarios para sus rebaños. En invierno vuelven a sus tierras por encima del mar del Ponto. Luego, son famosos también los hunuguros, porque se dedican al comercio de pieles de marta.

38. Solamente la audacia de hombres tan aguerridos pudo atemorizar a los godos. Hemos leído que éstos tuvieron su primer asentamiento en Escitia, junto a la laguna Meótida. En segundo lugar habitaron en Mesia, Tracia y Dacia, y en tercer lugar por encima del mar del Ponto, de nuevo en Escitia. Y no hemos encontrado en ninguna parte los relatos escritos de los que aseguran que fueron reducidos a la esclavitud en *Britania* o en cualquier otra isla y rescatados luego por alguien por el precio de un caballo. Y si efectivamente alguien dice que aparecieron en este mundo de un modo distinto al que hemos narrado, se enfrentará a nosotros, porque preferimos creer más en los textos escritos que confiar en los cuentos de viejas.

39. Así que, para volver al tema que nos ocupa, estos pueblos de los que estamos hablando, tenían, como sabemos, a Filimer como rey cuando habitaban en su primer asentamiento de Escitia junto a la zona pantanosa de la Meótida; en segundo lugar, es decir, en el territorio de Dacia, Tracia y Mesia, tuvieron a Zalmoxes, de quien atestiguan la mayor parte de los escritores de anales que fue un hombre de una admirable cultura filosófica. Tuvieron, pues, primero a Zeutas, también muy

¹⁵ Don.

¹⁶ Los Alpes Transilvanos, prolongación meridional de los Cárpatos rumanos.

ilustrado, y luego a Deceneo, y en tercer lugar a Zalmoxes, como hemos dicho anteriormente. Y no les faltaron quienes les transmitieran la sabiduría.

40. De ahí que los godos fueran siempre más sabios que todos los restantes bárbaros y casi semejantes a los griegos, como cuenta Dión, que compuso en griego sus *Historias y Anales*. Éste dice que primero llamaban «tarabosteseos» y luego «pileados» a los más nobles de entre ellos, y que los nombraban reyes y sacerdotes.

41. Hasta tal punto fueron alabados los getas, que dicen que nació entre ellos en tiempos remotos Marte, al que la falsedad de los poetas proclama dios de la guerra, y así dice Virgilio: *El padre gradivo que gobierna los campos géticos*. Los godos aplacaron siempre a Marte con un culto crudelísimo, pues le sacrificaban como víctimas a sus prisioneros, pensando que el modo más indicado de aplacar al dios de la guerra era con el derramamiento de sangre humana. A éste le ofrecían las primicias de sus botines, en su honor colgaban de los troncos de los árboles los despojos, y tenían más arraigado su culto que el de las restantes divinidades, ya que les parecía que su devoción por este dios era la que se debía tributar a un padre.

42. En su tercer asentamiento, por encima del mar del Ponto, se hicieron más civilizados y, como dijimos anteriormente, más sabios, dividiendo a sus pueblos en familias: los visigodos obedecían a la familia de los Baltos, los ostrogodos a los de los nobles Ámalos.

43. De todos los pueblos vecinos, fueron los primeros que se aficionaron a tensar las cuerdas del arco, como lo atestigua Lucano, más historiador que poeta: *Tensad los arcos armenios con las cuerdas géticas*. También desde tiempos remotos cantaban las hazañas de sus antepasados con cánticos, melodías y acompañamiento de cítaras, los de Eterpamara, Hanala, Fritigerno, Vidigoya y de otros que gozan de mucha reputación para este pueblo, y cuya talla apenas tuvieron los héroes que la Antigüedad considera dignos de admiración.

44. Por entonces, según se cuenta, Vesosis hizo una guerra a los escitas que había de ser más bien luctuosa para él. Se trataba de aquellos que una antigua tradición hace esposos de las Amazonas, a las que Orosio, en el primer volumen de sus *Historias*, considera con toda seguridad mujeres guerreras. De esta afirmación extraemos la prueba evidente de que combatió entonces contra los godos el que sabemos, en términos absolutos, que luchó contra los maridos de las Amazonas. Éstos se asentaban desde el río Borístenes, que los habitantes de esta zona llaman Danapro, hasta el río Tanáis, en los alrededores del territorio pantanoso de la Meótida.

45. Estoy hablando de este Tanáis que fluye con tanta pendiente desde los montes Rifeos que, aunque los ríos cercanos, como el Meótida o el Bósforo, se congelen por el hielo, es el único que, protegido por montañas abruptas, no se solidifica nunca por el frío de Escitia. Se considera a este río como frontera tradicional entre Asia y Europa. Pero hay otro Tanáis que nace en los montes de los Crinos y desemboca en el mar Caspio.

46. El Danapro, por su parte, nace en una gran laguna pantanosa y se extiende como si saliera del vientre de su madre. Hasta la mitad de su curso sus aguas son dulces y potables, y en ellas se crían peces muy sabrosos, sin raspas, con un simple cartílago que sostiene su cuerpo. Pero cuando ya se acerca al Ponto recibe las aguas de una pequeña fuente conocida como Exanfeo, tan amargas que, aunque le queda aún un curso navegable de cuarenta días, se transforma con esta mínima cantidad y desemboca alterado y contaminado en el mar entre las ciudades griegas de Calípida e Hipanis. Frente a su desembocadura hay una isla con el nombre de Aquiles. Entre estos ríos hay un enorme territorio, plagado de bosques e inseguro por sus pantanos.

Capítulo VI. Los godos se enfrentan al rey de Egipto y conquistan Asia

47 Mientras residían aquí los godos y tenían por rey a Tanausis, les declaró la guerra Vesosis, rey de los egipcios. En un combate junto al río Fasis (del que proceden las aves fásidas de las que están bien surtidos en todo el mundo los festines de los poderosos), Tanausis, el rey de los godos, se enfrentó al egipcio Vesosis y después de infligirle una sonora derrota, lo persiguió hasta

Egipto Y si no hubiera sido porque se lo impidieron las corrientes del infranqueable Nilo y las fortificaciones que hacía tiempo había hecho construir Vesosis a causa de las incursiones de los etíopes, lo habría aniquilado allí mismo, en su propia patria Pero como no había sido capaz de derrotarlo una vez que se atrincheró allí, conquistó casi toda Asia a su vuelta e incluso convirtió en súbdito a su, por entonces, querido amigo Sorno, rey de los medos, para hacerle pagar tributo

48. Entonces, algunos de los victoriosos miembros de su ejército, viendo las provincias sometidas y rebosantes de fertilidad, desertaron del bando de los suyos y se establecieron voluntariamente en estas regiones de Asia. Pompeyo Trogo afirma que es de éstos de quienes procede el nombre y el origen de la raza de los partos. De ahí que incluso hoy día se los llame «partos», que en lengua escita significa «fugitivos». Y como corresponde a su linaje, son casi los únicos entre todos los pueblos de Asia expertos en el manejo del arco, amén de bravísimos guerreros Por lo que respecta a la denominación de «partos» o «fugitivos» a la que hemos aludido, algunos explican su etimología diciendo que se los llama partos porque huyeron de sus padres. A este Tanausis, rey de los godos, cuando murió, lo veneraron como uno más de los dioses de su pueblo.

Capítulo VII. Guerras de las Amazonas y descripción del Cáucaso

49. Tras la muerte de Tanausis, cuando su ejército, mandado ya por su sucesor, estaba haciendo una expedición por otras regiones, las mujeres de los godos fueron atacadas por un pueblo vecino con intención de apresarlas. Éstas, adiestradas por sus maridos, se defendieron valientemente y rechazaron a los enemigos que vergonzosamente se lanzaban sobre ellas. Una vez lograda esta victoria y aumentada la confianza en su propia audacia, se animaron unas a otras a tomar las armas y, después de elegir a las dos más audaces, Lampeto y Marpesia, se pusieron a sus órdenes.

50. Como se cuidan no sólo de defender sus propiedades, sino también de devastar las ajenas, deciden por sorteo que Lampeto se quede defendiendo las fronteras de su patria, mientras que Marpesia, tras formar un escuadrón de mujeres, conduce este nuevo tipo de ejército a Asia. Venciendo en la guerra a diferentes pueblos y firmando tratados de paz con otros llegó hasta el Cáucaso y, al permanecer allí durante algún tiempo, dio nombre al lugar conocido como «Roca Marpesia», al que se refiere Virgilio cuando dice: *Si se alzara como duro sílex o roca de Marpesia*. En ese lugar, donde después Alejandro Magno colocó unas puertas a las que llamó «Pilas Caspias» (que ahora custodia la nación de los lazos, para defensa de los romanos), aquí, pues, se quedaron las Amazonas durante algún tiempo y se hicieron más fuertes.

51. Salieron de allí y, atravesando el río Halis, que discurre junto a la ciudad de Gangra, sometieron con idéntica fortuna Armenia, Siria, Cilicia, Galacia, Pisidia y todos los lugares de Asia. Volviéndose a Jonia y Eolia las convirtieron en provincias sometidas a su dominio durante mucho tiempo e incluso fundaron campamentos militares y una ciudad a la que dieron su nombre. Fundaron también en Éfeso un templo de gran belleza y con muchas riquezas dedicado a Diana, dada su gran afición al tiro con arco y a la caza, actividades a las que ellas mismas se habían entregado.

52. Así pues, unas mujeres nacidas en Escitia, que se habían apoderado por casualidad de los reinos de Asia, los conservaron durante casi cien años y finalmente volvieron a sus propios dominios, en las rocas aliadas de Marpesia, de las que hemos hablado más arriba, es decir, en el monte Cáucaso. Y puesto que se ha hecho de nuevo mención de este monte, no creo fuera de propósito describir su situación y territorios, sobre todo cuando se sabe que rodea con una cadena ininterrumpida la mayor parte del mundo.

53. Esta cordillera, cuando surge del mar Indico, en la parte que está orientada al mediodía, está reseca y abrasada por el sol; en la que da al norte se halla azotada por vientos rigurosos y por la escarcha. Inmediatamente se repliega formando una curva hacia Siria, aunque dando origen a muchísimos ríos: sólo en la región de Asia hace brotar de las ubres copiosas de sus manantiales

perennes al Eufrates y al Tigris, que son navegables según la opinión más difundida. Estos ríos rodean los territorios de los sirios y dan su nombre y su apariencia a Mesopotamia, para descargar más tarde sus caudales en el seno del mar Rojo¹⁷.

54. Desde allí la mencionada cordillera se vuelve hacia el norte y recorre el territorio de los escitas formando grandes recodos. Allí hace desembocar en el mar Caspio otros ríos muy conocidos como el Araxes, el Ciro y el Cambises, y se prolonga en una cadena ininterrumpida hasta los montes Rifeos. Desde allí desciende hasta el Ponto, dando la espalda a los pueblos escitas y delimitando sus fronteras, hasta que recibe también las corrientes del Ister en el punto en el que se unen sus cumbres. Dividido en dos por este río, el Cáucaso se llama también Tauro en Escitia.

55. Tal amplitud y dimensiones la hacen tal vez la mayor de todas las montañas y, al alzar sus elevadas cumbres, su formación natural proporciona unas defensas inexpugnables a los pueblos que la habitan. Pues presenta en ciertos lugares aberturas naturales y por el desfiladero que se abre al romperse la montaña surge un valle llamado ora «Puertas Caspias», ora «Armenias», ora «Cuidas», dependiendo del lugar en el que se encuentre. Apenas si puede atravesarlo un solo carro y sus paredes están cortadas a pico por ambos lados. La designación que se le otorga varía dependiendo de los diferentes pueblos: el indio lo llama Yammo y luego Propaniso; el parto lo denomina primero Castra y más tarde Ninfates; el sirio y el armenio, Tauro; el escita lo llama Cáucaso y Rifeo y, donde termina, de nuevo Cáucaso. Los pueblos han dado otros muchos nombres a esta cordillera, pero puesto que ya hemos tratado un poco de su extensión, volvamos a tratar de las Amazonas desde donde lo dejamos.

Capítulo VIII. Los hijos de las Amazonas

56. Temiendo éstas que su descendencia se extinguiese, buscaron mantener relaciones sexuales con los habitantes de los pueblos vecinos y establecieron el compromiso de reunirse una vez al año, de manera que en el futuro la madre entregaría a su padre cuando volviera cualquier hijo varon que hubiera dado a luz, pero se quedaría con las hembras para enseñarles el arte de la guerra y el manejo de las armas, o bien, según la opinión de algunos, cuando alumbraban varones acababan con la vida de la desgraciada criatura con odio propio de madrastras. Así, el parto, que, como se sabe, es universalmente deseado, para ellas era aborrecible. Esta crueldad aumentaba el terror de las opiniones que comúnmente solían inspirar. Me pregunto, pues, que esperanza habría podido albergar un prisionero en las que consideraban indigno ser indulgente hasta con su propio hijo.

57. Contra ellas se cuenta que luchó Hércules y que venció a Melanipe más con engaños que por su valor. Teseo, por su parte, tomó a Hipólita como botín de guerra y de ella nació también Hipólito. Estas Amazonas tuvieron después una reina llamada Penthesilea, de la que se han transmitido hazañas famosísimas en la guerra de Troya, pues se cuenta que estas mujeres conservaron su reino hasta Alejandro Magno.

Capítulo IX. El rey Télefo

58. Pero para que no digas: «¿Por qué insiste tanto en las mujeres de los godos cuando se ha propuesto hablar de sus maridos?», escucha ahora nuestro relato sobre la insigne y encomiable intrepidez de estos hombres. El historiador Dión, escrupulosísimo investigador de antigüedades, que dio a su obra el título de *Géticas* (ya hemos demostrado más arriba, basándonos en el testimonio de Paulo Orosio que estos getas son los godos), este Dión recuerda que mucho tiempo después tuvieron un rey llamado Télefo. Y que nadie diga que este nombre es totalmente extraño a la lengua gótica, pues ningún entendido desconoce que los pueblos adoptan como suyos la mayor parte de los nombres que utilizan; así los romanos los tomaron prestados de los macedonios, los griegos de los romanos, los sármatas de los germanos y los godos frecuentemente de los hunos.

¹⁷ Mar Rojo era la antigua denominación del actual Golfo Pérsico. (Nota del editor)

59. Así pues, este Télefo, hijo de Hércules nacido de Auge, se unió en matrimonio con una hermana de Príamo. Era en verdad de elevada estatura, pero lo que más terrible lo hacía era su fuerza, ya que además de igualar con sus propias cualidades la valentía de su padre, se asemejaba a Hércules en sus rasgos físicos. Fue su reino el que nuestros antepasados llamarón Mesia, una provincia limitada en su parte oriental por la desembocadura del río Danubio, al sur por Macedonia, al occidente por Istria y al norte por el Danubio.

60. Así pues, el susodicho rey guerreó contra los dánaos, mató al caudillo griego Tesandro en combate y, mientras atacaba con saña a Áyax y perseguía a Ulises, cayó al suelo al tropezar su caballo con unas viñas, fue herido en un muslo por la lanza de Aquiles y no pudo curarse en mucho tiempo. Sin embargo, todavía herido, expulsó a los griegos de su territorio. Al fallecer Télefo lo sucedió como rey su hijo Euripilo, al que había tenido con una hermana de Príamo, rey de los frigios. Éste, deseando participar en la guerra de Troya por amor a Casandra para prestar auxilio a sus padres y a su suegro, pereció nada más llegar.

Capítulo X. Guerras de los godos contra los persas y los griegos

61. Entonces Ciro, rey de los persas, después de un largo período de tiempo –unos seiscientos treinta años según testimonio de Pompeyo Trogo– emprendió una guerra contra Tómiris, reina de los getas, que le resultaría funesta. Ensoberbecido por sus victorias de Asia, trata de someter a los getas, que, como hemos dicho, tenían como reina a Tómiris. Ésta, aunque hubiera podido impedirle el paso del Araxes, le permitió atravesarlo, prefiriendo vencerlo por las armas a beneficiarse de la situación geográfica para alejarlo. Y así sucedió:

62. A la llegada de Ciro la fortuna fue primeramente favorable a los partos, y tanto que aniquilaron al hijo de Tómiris y a la mayor parte de su ejército. Pero en un segundo enfrentamiento los getas, con su reina a la cabeza, vencen a los partos y les infligen una sonora derrota, obteniendo de ellos un rico botín (allí vio el pueblo godo por primera vez tiendas de campaña de seda). Entonces la reina Tómiris, animada por la victoria y por el enorme botín capturado a los enemigos, se dirigió a la región de Mesia que hoy se llama «Escitia Menor», nombre derivado de la «Gran Escitia». Allí erigió en la costa mesia del Ponto una ciudad llamada en su honor Tomis.

63. Más tarde Darío, rey de los persas, hijo de Histapis, pidió en matrimonio a la hija de Antiro, rey de los godos, y al mismo tiempo que hacía esta petición los amenazaba si no cumplían su voluntad. Los godos frustraron las esperanzas de su embajada al desprestigiar su alianza. Inflamado de rabia al verse rechazado, Darío envió contra ellos un ejército de setecientos mil soldados, tratando de vengar su vergüenza personal con una calamidad pública. Se dirigió a Tracia y a Mesia a través de una larga hilera de barcas unidas entre sí por tableros a modo de puente, que iba desde cerca de Calcedonia hasta Bizancio. En la construcción por este mismo procedimiento de un nuevo puente sobre el Danubio, perdió por agotamiento en Tapis ochenta mil soldados en dos meses de duro trabajo. Y temiendo que el puente del Danubio fuera ocupado por sus enemigos, se retiró en una huida precipitada a Tracia, pues creía que el territorio de Mesia no sería nada seguro para él si se demoraba lo más mínimo.

64. Después de su muerte de nuevo su hijo Jerjes, creyendo que vengaba las afrentas a su padre, marchó a la guerra contra los godos con setecientos mil soldados y trescientos mil auxiliares, mil doscientos barcos de guerra y tres mil de carga. Pero, a pesar de intentarlo, no consiguió vencer en el combate, doblegado por el coraje y la constancia de los godos. Así, hubo de regresar con sus fuerzas tal y como había llegado, sin ganar ningún combate.

65. También Filipo, el padre de Alejandro Magno, hizo amistad con los godos y tomó como esposa a Medopa, la hija del rey Gotila, para que, robustecido con esta alianza, pudiera consolidar sus reinos de Macedonia. Por este tiempo, según dice el historiador Dión, Filipo, que pasaba por una gran crisis económica, decide reclutar un ejército y saquear la ciudad mesia de Odesitana, que por entonces estaba sometida a los godos, dada su proximidad con Tomis. De ahí que aquellos

sacerdotes de los godos a los que llamaban «piadosos» abrieran inmediatamente las puertas de la ciudad y salieran a su encuentro con cítaras y vestiduras blancas suplicando en sus cantos a los dioses de su patria que les fueran propicios y que rechazaran a los macedonios. Estos se quedan estupefactos al ver que acudían a su encuentro tan confiados y, si se puede decir así, los que estaban armados se aterran ante los que se hallaban desarmados. Disolvieron sin tardanza el ejército que habían formado para combatir y no sólo desistieron de destruir la ciudad, sino que entregaron también, según las leyes de la guerra, a los prisioneros que habían capturado fuera y, tras firmar un pacto, se volvieron a su patria.

66. Mucho tiempo después, acordándose de este engaño, el famoso caudillo godo Sitalco, tras reunir ciento cincuenta mil hombres, declaró la guerra a los atenienses y se enfrentó a Perdicas, rey de Macedonia, al que había dejado como sucesor por derecho hereditario Alejandro en el imperio ateniense, después de morir cerca de Babilonia al beber el veneno que le ofreció un criado traidor. Entablaron violento combate y los godos se revelaron superiores, de suerte que, por vengar la afrenta que les habían hecho antaño los griegos en Mesia, atravesaron Grecia y devastaron toda Macedonia.

Capítulo XI. Deceneo instruye a los godos en las artes y las ciencias

67. Posteriormente, cuando reinaba Buruista sobre los godos, llegó a la Gotia Deceneo, en la época en la que Sila subió al poder en Roma. Buruista acogió a este Deceneo y le dio poderes casi reales. Siguiendo su consejo los godos asolaron las tierras de los germanos que ahora ocupan los francos.

68. Incluso César, que fue el primero de los romanos que aspiró al poder imperial, que sometió a su mando a casi todo el mundo, que conquistó todos los reinos hasta el punto de ocupar las islas situadas en el seno del océano más allá del orbe conocido, y que hizo tributarios de los romanos a aquellos pueblos que ni siquiera habían escuchado antes su nombre, aunque lo intentó en muchas ocasiones, no pudo someter a los godos. Cayo Tiberio se convierte en el tercer emperador romano; los godos, sin embargo, permanecen sanos y salvos en su reino. Éstos consideraban saludable, provechoso y deseable cumplir por todos los medios posibles todo lo que les prescribía su consejero Deceneo y juzgaban que debían llevar a efecto todo lo que fuera útil.

69. Deceneo, viendo que estaban dispuestos a obedecerlo en todo y que tenían un gran talento natural, les enseñó todas las ramas de la filosofía, pues era todo un maestro de esta materia. Enseñándoles la ética dulcificó sus costumbres bárbaras; instruyéndolos en la física, los hizo vivir de modo natural conforme a sus propias leyes, que se conservan aún escritas y reciben el nombre de «Beláginas»; explicándoles la lógica, los hizo más expertos en el raciocinio que los demás pueblos; enseñándoles la práctica los convenció para actuar bien; demostrándoles la teoría les enseñó a observar los doce signos del Zodíaco y, por medio de ellos, el curso de los planetas y todo lo relacionado con la astronomía; les dio a conocer cómo el disco lunar experimenta un aumento y cómo sufre una reducción y les mostró igualmente en cuánto supera el globo de fuego del sol en tamaño al orbe de la tierra; les explicó los nombres y los signos de las trescientas cuarenta y seis estrellas que, acercándose o alejándose desde el polo celeste, siguen veloz curso desde oriente hasta occidente.

70. ¿Qué placer hallaban estos hombres tan aguerridos –te preguntarás– en imbuirse de doctrinas filosóficas en los escasos momentos en que se veían libres de actividades bélicas? Se podía ver a uno explorando la posición de los astros, a otro la naturaleza de las plantas y de los arbustos; a éste dedicado a estudiar las influencias ventajosas y perjudiciales de la luna y a aquél descansar tranquilo cuando logra observar la evolución del sol y comprueba cómo, llevado por la rotación del cielo, el astro que se dirige con rapidez a oriente es conducido de nuevo a occidente.

71. Al enseñar Deceneo estas y otras cosas de su ciencia a los godos, brilló ante ellos de forma tan admirable que no sólo daba órdenes a los súbditos, sino también a los reyes. Eligió

entonces a los hombres más nobles y sabios de entre ellos y les enseñó teología; los persuadió para que veneraran a ciertas divinidades y santuarios y los hizo sacerdotes, otorgándoles el nombre de «Pileados», creo que porque realizaban sus sacrificios con las cabezas cubiertas con tiaras a las que llamaban también «píleos». A la demás gente mandó llamarlos «Capilados». Los godos tuvieron en gran estima este nombre que recibieron de él e incluso hoy día lo recuerdan en sus cantos.

Capítulo XII. Descripción de Dacia y del Danubio

73. A la muerte de Deceneo honraron casi del mismo modo a Comosico, porque no era muy desigual a él en sabiduría. A decir verdad, a éste lo tuvieron no sólo como rey, sino también como pontífice en virtud de su talento, y regía a sus pueblos con suma justicia. Cuando éste dejó el mundo de los mortales, subió al trono Escorilo como rey de los godos y durante cuarenta años gobernó a sus pueblos en Dacia.

74. Denomino antigua Dacia a la que se sabe que ahora poseen los pueblos de los gépidas. Este país está situado del otro lado del Danubio, enfrente de Mesia, y está rodeado por una cadena de montañas que sólo tiene dos entradas, una a través de Boutas y la otra por Tapas. Ésta es la Gotia que nuestros antepasados denominaron Dacia y que ahora se llama Gepidia, a la que limitan por el este los roxolanos, por el oeste los yázigos, por el norte los sármatas y los basternas, y por el sur el cauce del río Danubio, porque los yázigos sólo están separados de los roxolanos por el río Aluto.

75. Y ya que se ha hecho mención del Danubio, no considero fuera de lugar dar algunos datos sobre este célebre río. Se trata de un río grandísimo que nace en los campos de los alamanes y que durante el millón doscientos mil pasos que van desde su nacimiento hasta su desembocadura en el Ponto recibe sesenta afluentes como si se tratara de la espina de un pescado, y éstos se entrelazan en sus orillas como un cañizo. Este río se llama Ister en la lengua de los besos, y, sólo de profundidad, sus aguas tienen doscientos pies en el lecho del río. Así pues, supera a todos los demás ríos en tamaño, excepto al Nilo. Baste lo dicho sobre el Danubio. Volvamos, con la ayuda del Señor, al asunto del que nos habíamos apartado.

Capítulo XIII. Los godos vencen a los romanos

76. Después de un largo período de tiempo, siendo emperador Domiciano¹⁸ y temiendo la avaricia de éste, los godos rompieron el pacto que habían hecho largo tiempo atrás con otros emperadores y asolaron la ribera del Danubio que había estado en poder del Imperio Romano desde hacía tiempo, después de aniquilar a sus tropas y a los jefes de éstas. Estaba entonces al mando de esta provincia Opio Sabino, sucesor de Agripa. Por su parte Dorpaneo era el rey de los godos cuando estalló el conflicto, y los godos vencieron a los romanos, cortaron la cabeza a Opio Sabino e invadieron muchas fortalezas y ciudades, tomando públicamente como botín muchas posesiones del mismo emperador.

77. Domiciano, acuciado por la necesidad de los suyos, se apresura a ir al Ilírico con todas sus fuerzas y, tras conceder a Fusco el poder supremo sobre casi todos los soldados del Imperio, comienza a atravesar el Danubio por un puente hecho de barcas con sus hombres más selectos para atacar al ejército de Darpaneo.

78. Entonces los godos, que no se encontraron desprevenidos, toman las armas; pronto vencen a los romanos en el primer enfrentamiento en el que pereció su jefe Fusco y saquean las riquezas de su campamento. Tras obtener esta gran victoria y apoderarse de estas tierras, llamaron a sus jefes, que parecían vencer por designio de la fortuna, no simples hombres, sino semidioses, esto es, «Anses». Voy a recorrer ahora brevemente su genealogía, es decir, de qué padre nació cada uno y qué origen tuvo cada familia y cómo terminó. Tú que estás leyendo escucha ahora sin antipatía al que te cuenta la verdad.

¹⁸ 81-96 de C.

Capítulo XIV. Genealogía de los Ámalos: ostrogodos y visigodos

79. El primero de estos héroes, como ellos mismos lo cuentan en sus leyendas, fue Gapt, que engendró a Humal; Humal, por su parte, engendró a Augis; Augis engendró al que fue llamado Amal, del que toman su origen los Ámalos. Este Amal engendró a Hisarnis; Hisarnis engendró a Ostrogoda; Ostrogoda por su parte engendró a Hunuil; Hunuil a Atal; Atal engendró a Aquivulfo y a Odulfo; Aquivulfo engendró a Ansila, Edivulfo, Vultulfo y Hermenerico; Vultulfo engendró a Valaravante; Valaravante por su parte engendró a Vinitario; Vinitario también engendró a Vandalario.

80. Vandalario engendró a Teodomiro, Valamiro y Vidimiro; Teodomiro engendró a Teodorico; Teodorico engendró a Amalasunta; Amalasunta engendró a Atalarico y Matesuenta de su marido Eutarico.

81. Así se unió a ella un miembro de esta familia, pues el arriba mencionado Hermanarico, hijo de Aquivulfo, engendró a Hunimundo; Hunimundo por su parte engendró a Turismundo; Turismundo engendró a Berimundo; Berimundo engendró a Viterico; Viterico engendró igualmente a Eutarico, que al unirse con Amalasunta engendró a Atalarico y Matesuenta. Al morir de niño Atalarico, Matesuenta fue unida a Vitigis, pero no tuvo de ella ningún hijo y ambos fueron llevados juntos por Belisario a Constantinopla. Cuando Vitigis abandonó el mundo de los humanos, el patricio Germano, primo del emperador Justiniano, la tomó por esposa y la nombró patricia ordinaria. Tuvo con ella un hijo al que llamó también Germano, pero al morir Germano decidió permanecer viuda. Cómo y de qué manera fue destruido el reino de los Ámalos lo explicaremos en el lugar apropiado si el Señor nos ayuda.

82. Pero ahora volvamos al punto en el que hicimos esta digresión y mostremos cómo alcanzó la meta de su recorrido el pueblo del que tratamos. El historiador Ablavio cuenta, en efecto, que cuando residían en Escitia, en las riberas del Ponto, como hemos dicho, una parte de ellos, que ocupaban la región oriental y al frente de los cuales estaba Ostrogoda, fueron llamados ostrogodos, es decir «del este», no se sabe bien si por el nombre de su rey o por el emplazamiento geográfico; los restantes, por su parte, fueron denominados visigodos, es decir, de la región del oeste.

Capítulo XV. Hazañas del emperador Maximino el godo

83. Ya hemos dicho más arriba que los godos vivieron durante algún tiempo en Mesia y en Tracia después de atravesar el Danubio. De los descendientes de aquéllos procedía también Maximino, que fue emperador después de Alejandro, el hijo de Mamea, como relata Símaco en el libro quinto de su *Historia* cuando dice: «*Maximino César, a la muerte de Alejandro, fue nombrado emperador por el ejército*». Nacido de padres humildes en Tracia –su padre era un godo llamado Mica y su madre una alana que se llamaba Ababa–, perdió al mismo tiempo la vida y el imperio en el tercer año de su reinado, cuando lanzó sus armas contra los cristianos.

84. Pues este Maximino, durante el reinado del emperador Severo¹⁹, el día del cumpleaños de su hijo, después de haber pasado su infancia en el campo abandonó la vida de pastor e ingresó en el ejército. El caso fue que el emperador había organizado unos juegos militares, en vista de lo cual Maximino, aunque era un adolescente semisalvaje, cuando conoció los premios que se ofrecían pidió en su lengua materna al emperador que le diera permiso para luchar con los soldados ya expertos.

85. Severo, completamente sorprendido por su estatura y su complejión –se dice que medía más de ocho pies de altura–, le ordenó que peleara cuerpo a cuerpo con los siervos, para que no supusiera una afrenta para sus soldados luchar con este rústico. Entonces Maximino echó al suelo a dieciséis de estos siervos con tan buena fortuna que los venció uno por uno sin concederse ni un

¹⁹ 192-211.

momento de descanso o interrupción para recuperar fuerzas. Por ello consiguió los premios, se mandó que fuera admitido en el ejército y ocupó sus primeros puestos en la caballería. Dos días después, cuando el emperador salía de maniobras, lo vio armando alboroto, como suelen hacer los bárbaros, y mandó al tribuno que lo castigara para que se acostumbrara a la disciplina romana. Pero él, cuando comprendió que el emperador estaba hablando de él, se le acercó mientras cabalgaba y logró adelantarlo a pesar de ir a pie.

86. Entonces el emperador espoleó a su caballo, le hizo dar varias vueltas galopando de un lado para otro hasta cansarse y luego dijo a Maximino: «¿Tienes ganas de pelear después de esta carrera, tracio?» A lo que respondió: «Como le plazca al emperador.» Así que Severo, saltando de su caballo, mandó a los reclutas más jóvenes que lucharan con él. Entonces Maximino tumbó en el suelo a siete jóvenes robustísimos sin ni siquiera haber recobrado antes el aliento. Por ello fue el único en recibir premios en metálico del emperador e incluso un collar de oro, y más tarde fue nombrado miembro de la guardia personal del emperador.

87. Posteriormente, bajo Antonino Caracalla²⁰, llegó a ser jefe de este cuerpo y sus hazañas hicieron que se difundiera su fama, alcanzando diversos grados en el ejército, entre ellos el de centurión, como premio a su valor. Cuando subió al trono Macrino, renunció a sus funciones militares durante casi tres años y aunque era tribuno nunca se presentó a Macrino, porque pensaba que su autoridad era indigna, al haber sido conseguida por medio de un crimen.

88. Luego volvió con Heliogábalo²¹, como si se tratase en realidad del hijo de Antonino, y se reincorporó a su cargo de tribuno. Después de éste, luchó admirablemente contra los partos en tiempos de Alejandro, el hijo de Mamea, y cuando éste fue asesinado en un levantamiento militar en Maguncia, fue nombrado emperador por aclamación del ejército sin decreto alguno del Senado. Todas sus buenas acciones anteriores se vieron empañadas por su malvada decisión de perseguir a los cristianos y cuando fue asesinado por Pupieno en Aquilea, pasó el imperio a Filipo. Lo que hemos tomado prestado de la *Historia* de Símaco para nuestra obra ha sido para mostrar que el pueblo del que tratamos se perpetuó hasta el apogeo del Imperio Romano. Por lo demás, este asunto exige que volvamos ordenadamente hasta el punto en el que habíamos iniciado nuestra digresión.

Capítulo XVI. Los godos pasan de aliados a enemigos de Roma

89. Este pueblo alcanzó, en efecto, un renombre asombroso en las regiones en las que habitaba, es decir, en la costa del Ponto y en el territorio de Escitia, por ser dueño de una extensión tan grande de tierras, de tantas zonas marítimas y de tantos cauces fluviales; hizo caer bajo su brazo al vándalo en muchas ocasiones, hizo pagar tributo al marcomano y sometió a la esclavitud a los príncipes de los cuados. También durante el reinado del mencionado Filipo, que fue el único emperador cristiano junto con su hijo Filipo antes de Constantino, cuando en el segundo año de su reinado Roma cumplió su primer milenio, los godos, muy descontentos, como es normal, porque no se les pagaban las contribuciones acordadas, pasaron de ser amigos a convertirse en enemigos. Pues, aunque vivieran apartados y gobernados por sus propios reyes, sin embargo, eran federados del Estado Romano y recibían compensaciones anuales.

90. ¿Y qué sucedió entonces? Ostrogoda atravesó con los suyos el Danubio y devastó Mesia y Tracia. Para combatirlo es enviado por Filipo el senador Decio. Cuando llegó éste y vio que no conseguía reducir a los getas, optó por licenciar a sus propios soldados y dejarlos volver a sus tareas privadas, como si hubiera sido por causa de su negligencia por lo que los godos habían atravesado el Danubio y, después de haber llevado a cabo lo que él consideraba una venganza contra los suyos, volvió junto a Filipo. Pero sus soldados, viéndose expulsados del ejército después de tantos sudores, se aprestaron a pedir amparo a Ostrogoda, el rey de los godos.

²⁰ 211-217.

²¹ 218-222.

91. Éste, tras recibirlos y emocionarse con lo que le contaron, condujo inmediatamente a la guerra a treinta mil hombres armados, a los que se sumaron también los taifalos y algunos asdingos, por no hablar de los tres mil carpos, una raza de hombres siempre dispuestos a luchar y que muy a menudo fueron hostiles a los romanos. Sin embargo, más tarde, durante los reinados de Diocleciano y de Maximiano, el César Galeno Maximiano logró derrotarlos y someterlos al Imperio Romano. Así pues, sumó a éstos a los godos y peucinos (procedentes de la isla de Peucis, que se encuentra en la desembocadura del Danubio en el Ponto) y nombró jefes a Argaito y Gunterico, los más nobles de su pueblo.

92. Éstos tardaron poco en vadear el Danubio y en arrasarlo por segunda vez Mesia; atacaron Marcianópolis, famosa metrópoli de esta región, la tuvieron sitiada durante mucho tiempo y sólo la abandonaron tras recibir dinero de sus habitantes.

93. Y puesto que hemos mencionado Marcianópolis, nos parece conveniente ofrecer algunos breves detalles de su situación. Según parece, esta ciudad la mandó construir el emperador Trajano, porque cuando su hermana Marcia, que era entonces una niña, se bañaba en un río de aguas muy cristalinas y de exquisito sabor que se llama Pótamo y que nace en el centro de la ciudad, queriendo sacar agua de este río, se dejó caer por casualidad un recipiente de oro que llevaba. Éste se hundió, impulsado por el peso del metal, en el fondo del río, pero surgió de nuevo de las profundidades mucho tiempo después. No era ciertamente nada habitual que un recipiente vacío se sumergiera así y menos que una vez hundido en las aguas emergiera de nuevo expulsado por la corriente. Así que cuando Trajano se enteró de lo sucedido, notablemente impresionado y creyendo que todo era obra de alguna divinidad que habitaba en esta fuente, llamó a la ciudad que había fundado Marcianópolis, por el nombre de su hermana.

Capítulo XVII. Guerras contra los gépidas

94. Así pues, como decíamos, después de un largo asedio y enriquecidos por la recompensa que habían recibido, los getas se retiraron a sus tierras. El pueblo gépida, viendo que el godo vencía por doquier y que se enriquecía tan rápidamente con los botines, movido por la envidia, declaró la guerra a sus parientes. Si te preguntas cómo es que los getas y los gépidas son parientes, te lo contaré en pocas palabras. Debes recordar que dije al comienzo que los godos habían salido del interior de la isla de Escandía con su rey Berig a la cabeza, transportados sólo en tres barcos hasta la costa del océano citerior, es decir, a Gotiscandia. Al llegar una de estas tres naves, que, como suele suceder, navegaba más despacio que las otras, se dice que dio nombre a este pueblo, pues en su lengua «perezosa» se dice «gepanta».

95. De ahí que poco a poco, por deformación de este nombre, de ese reproche surgiera el nombre de «gépidas». Pues éstos tienen también su origen, sin duda alguna, en la raza de los godos. Pero, puesto que, como he dicho, «gepanta» designa algo perezoso y lento, este nombre de los gépidas nació gratuitamente de un reproche, aunque creo que se ajusta totalmente a la realidad, porque son cortos de inteligencia y pesados en lo que se refiere a la agilidad de sus cuerpos.

96. Así que estos gépidas corroídos por la envidia residían desde hacía tiempo en una región despreciable, una isla del río Vístula rodeada de vados, que llamaban en su lengua materna «gepidioios» (ahora se dice que vive en esta isla el pueblo de los vidivarios, al trasladarse los gépidas a mejores tierras. Estos vidivarios son conocidos por haber formado un solo pueblo de diversas naciones como si se tratara de un refugio común).

97. De modo que, como decíamos, Fastida, el rey de los gépidas, soliviantando a su pacífico pueblo, ensanchó sus fronteras por las armas, pues destruyó a los burgundios casi hasta el exterminio y sometió a algunos otros pueblos. Al provocar también con malicia a los godos, fue el primero en violar los vínculos de sangre con un conflicto desacertado, engreído de una jactancia totalmente arrogante, pues a la par que iba añadiendo nuevas tierras a un pueblo que se hacía más grande, hacía disminuir el número de los habitantes de su patria.

98. De modo que envió emisarios a Ostrogoda, a cuya autoridad estaban todavía sometidos tanto los ostrogodos como los visigodos, es decir los dos pueblos de la misma raza, quejándose de que se hallaba constreñido por montañas abruptas y espesos bosques y pidiéndole que, una de dos, o le declaraba la guerra o le concedía algunos territorios de los suyos.

99. Entonces Ostrogoda, el rey de los godos, que tenía un espíritu firme, respondió a sus embajadores que una guerra así le horrorizaba, que sería duro e incluso criminal levantar las armas contra sus allegados, pero que no les cedía sus territorios. ¿Y qué pasó entonces? Los gépidas se apresuran a tomar las armas y Ostrogoda dirige también su ejército contra ellos para no dar la sensación de que era inferior en fuerzas. Se encuentran cerca de la ciudad de Galtis, junto a la que discurre el río Auha, y allí ambos bandos lucharon con arrojo, puesto que los dos utilizaban armas y estrategias de combate similares. Pero la vivacidad de ingenio y la mayor justicia de su causa ayudó a los godos. Finalmente la noche puso fin a la batalla y el bando gépida se rindió.

100. Entonces, Fastida, el rey de los gépidas, se apresuró a regresar a su patria, dejando abandonados los cadáveres de los suyos, humillado por un vergonzoso oprobio al igual que antes había estado ensoberbecido por el orgullo. Vuelven triunfadores los godos, satisfechos por la retirada de los gépidas, y siguen viviendo felices y en paz en su patria mientras que Ostrogoda les sirve de guía.

Capítulo XVIII. El rey Cniva y la guerra con Decio

101. Después de su muerte, Cniva dividió el ejército en dos partes y envió a algunos a devastar Mesia, porque sabía que estaba desprovista de defensas debido a la incuria de sus gobernantes. Él, por su parte, subió hasta Oescia con setenta mil hombres y luego a Novas, donde fue rechazado por el general Galo; se aproximó a Nicópolis, famosa ciudad situada en la ribera del río Yatro, mandada construir por Trajano después de derrotar a los sármatas y darle por nombre «Ciudad de la Victoria». Cuando el emperador Decio se dirigía allí, Cniva se retiró finalmente a la región del Hemo, que no estaba muy lejos, y desde allí se dirigió sin demora a Filipópolis después de reorganizar sus efectivos.

102. Al conocer el emperador Decio su partida, como deseaba ardientemente prestar ayuda a esta ciudad, atravesó las cumbres del monte Hemo y llegó a Beroea. Cuando hacía un descanso allí para que sus caballos y sus tropas recuperaran fuerzas, cayó sobre él fulminante como un rayo Cniva con los godos. Después de destrozar a las huestes romanas, persiguió al emperador y a los pocos que habían logrado huir con él hasta Oescia y, de nuevo hasta Mesia, al otro lado de las montañas, donde residía Galo, que dominaba la frontera con un numeroso contingente de soldados. Allí reorganiza su ejército uniéndose al de Oescia y se prepara para reanudar las hostilidades.

103. Cniva logra invadir Filipópolis después de un largo asedio²² y, después de apoderarse de un cuantioso botín, se alía con su jefe Prisco para combatir contra Decio. Entran de nuevo en batalla y consiguen herir mortalmente al hijo de Decio al alcanzarlo con una flecha. Cuando se entera su padre se cuenta que dijo, aunque sólo fuera para levantar el ánimo de sus soldados: «*¡Que nadie se entristezca!; la pérdida de un soldado no significa la destrucción del Imperio.*» Sin embargo, no pudiendo resistir su dolor de padre, se lanzó contra los enemigos y exigió su muerte o la venganza de su hijo. Llegó así a Abrito, ciudad de Mesia y, rodeado allí por los godos, perece en el combate poniendo fin a su vida y su imperio. Este lugar se llama hoy día «Altar de Decio», porque fue allí donde hizo desesperados sacrificios a sus ídolos antes de entrar en batalla.

Capítulo XIX. Alianza de los godos con Galo y Volusiano

104. Al morir entonces Decio, obtuvieron el poder en Roma Galo y Volusiano, precisamente cuando una peste –muy semejante a la que padecemos ahora hace nueve años– asoló toda la faz de

²² Año 250.

la tierra, pero sobre todo Alejandría y todas las regiones de Egipto, desastre que narra conmovido el historiador Dionisio y sobre el que también escribe nuestro venerable mártir de Cristo, el obispo Cipriano, en su libro titulado *La mortandad*.

105. Por entonces un tal Emiliano, cuando los godos arrasaban frecuentemente Mesia debido a la negligencia de los emperadores, se dio cuenta de que no era posible acabar con ellos sin grandes gastos para el Estado y pensó que también él podría gozar de una suerte similar. Instauró entonces una tiranía en Mesia, se hizo dueño de todas las fuerzas militares y comenzó a devastar ciudades y pueblos. La muchedumbre que se unía a él fue creciendo y en unos meses el Imperio no pudo enfrentarse a él ni causarle grandes bajas. Sin embargo, pereció al poco de comenzar su criminal intento, perdiendo la vida y el poder que tan ansiadamente deseaba.

106. Los emperadores anteriormente mencionados, Galo y Volusiano, aunque dejaron este mundo después de haber estado apenas dos años en el poder, sin embargo, pacificaron en este par de años de gobierno todos los territorios en los que reinaron y por ello fueron muy apreciados. Tan sólo se les echó en cara una cosa, la epidemia de peste, pero esto fue obra de ignorantes y calumniadores que suelen tratar de lacerar la vida de los demás con su maliciosa lengua. De modo que éstos, tan pronto como tuvieron el imperio en sus manos, firmaron un tratado con el pueblo godo y, al morir poco después ambos emperadores, Galieno²³ se apoderó del principado.

Capítulo XX. Los godos arrasan Asia Menor y Trocía

107. Mientras que este emperador se entregaba a una vida totalmente disoluta, Respa, Veduco y Turuaro, caudillos de los godos, tomaron sus barcos y se dirigieron a Asia a través del estrecho del Helesponto. Allí devastaron muchas ciudades de esta provincia e incendiaron el famosísimo templo de Diana en Éfeso, que, como ya habíamos dicho, habían erigido tiempo atrás las Amazonas. Desde allí atacaron la región de Bitinia y destruyeron Calcedonia, que años más tarde sería reconstruida por Cornelio Avito. Esta ciudad, a pesar de beneficiarse de la vecindad de la ciudad real²⁴, conserva todavía vestigios de aquella destrucción como indicio de su poder.

108. Así, los godos volvieron a atravesar el Helesponto con la misma fortuna con la que habían entrado en estas regiones de Asia, después de apoderarse de los despojos y botines de guerra, devastando a su paso Troya e Ilión, que apenas se habían repuesto un poco de la guerra contra Agamenón y que de nuevo fueron destruidas por una espada enemiga. Después de que Asia sufriera esta devastación, Tracia tuvo también ocasión de experimentar su fiereza, pues pronto se presentaron ante la ciudad de Anquialo, situada en las faldas del monte Hemo y vecina al mar, y la atacaron. Esta ciudad la había fundado hacía tiempo Sardanápalo, rey de los partos, entre el litoral y las estribaciones del monte Hemo.

109. Se cuenta que permanecieron allí bastantes días, disfrutando de los baños de aguas termales situados a doce millas de la ciudad de Anquialo. Éstos brotan de la profundidad de una fuente de fuego y, entre los restantes lugares de todo el mundo que poseen innumerables fuentes termales, son sin duda los principales y más eficaces para la curación de los enfermos.

Capítulo XXI. Los godos ayudan a los romanos en su guerra contra los partos

110. Desde allí regresaron a sus propias tierras y más tarde el emperador Maximiano²⁵ les rogó que entraran a su servicio para ayudarlo en su guerra contra los partos, en la que combatieron como tropas auxiliares haciendo gala de una gran lealtad. Pero una vez que, probablemente gracias a su apoyo, el cesar Maximiano hizo huir a Narsés, el rey de los persas, nieto de Sapor el Grande, y

²³ 253-260.

²⁴ Constantinopla.

²⁵ Se trata en realidad de Galeno (cuyo nombre completo era Cayo Valerio Galeno Maximiano) que utilizó tropas auxiliares godas en su campaña contra los partos del 296 y derrotó a al rey sasánida Narsés en el 297 d.C. (Nota del editor)

se apoderó de todas sus riquezas junto con sus mujeres e hijos, después de que Diocleciano venciera a Aquileo en Alejandría y de que Maximiano Hercúleo aniquilase en África a los quinquengencianos, trayendo la paz al Imperio, entonces comenzaron a dejar de lado a los godos.

111. Pues sin ellos el ejército romano tuvo durante mucho tiempo grandes dificultades para enfrentarse a cualquier pueblo y fueron numerosas las ocasiones en las que se vio cómo recurría a ellos. Así, por ejemplo, en el reinado de Constantino se los llamó y tomaron las armas contra su pariente Licinio. Después de vencerlo y encerrarlo en Tesalónica, privado del poder por las victorias de Constantino, lo degollaron con su espada.

112. También intervinieron los godos con su apoyo en la fundación de la famosísima ciudad, rival de Roma, que lleva su nombre, sellando un pacto con el emperador y ofreciéndole cuarenta mil de los suyos para ayudarlo en sus enfrentamientos con diversos pueblos²⁶. Este contingente ha permanecido hasta nuestros días invariable en número y reciben el nombre de «federados». Gozaban a la sazón los godos de la gran prosperidad de su reino a las órdenes de sus reyes Ariarico y Aorico, a cuya muerte los sucedió en el reino Geberico, insigne por su valor y nobleza.

Capítulo XXII. Geberico vence a los vándalos

113. Este Geberico, que tuvo por padre a Hilderico, por abuelo a Ovida y por bisabuelo a Nidada, igualó con sus brillantes hazañas la gloria de su estirpe. Desde el inicio de su reinado deseaba expandirse hacia el territorio de los vándalos, en contra de su rey Visimar, que procedía del linaje de los asdingos (que es el más poderoso de ellos y que da prueba de que se trata de una raza muy belicosa, según cuenta el historiador Dexipo, que atestigua que llegaron en poco menos de un año a nuestras fronteras desde el océano, a pesar de tratarse de una extensión de tierra inmensa). Por aquel tiempo residían en la zona en la que ahora se asientan los gépidas, en las riberas de los ríos Marisia, Miliare y Gilpil, y también en las del Grisia, que es mayor que todos los anteriores.

114. Tenían entonces como vecinos por el este a los godos, por el oeste a los marcomanos, por el norte a los hermúndulos y por el sur al río Ister, llamado también Danubio. Así pues, mientras los vándalos residían aquí, les fue declarada la guerra por parte de Geberico, rey de los godos. Se enfrentaron a orillas del mencionado río Marisia y el combate estuvo muy igualado durante algún tiempo, pero pronto cayó abatido el propio rey Visimar con gran parte de su pueblo.

115. Por su parte, Genérico, el glorioso caudillo de los godos, tras vencer y saquear a los vándalos, regresó a sus propias tierras, de las que había salido. Entonces unos pocos vándalos que habían podido escapar con vida reunieron a un grupo de civiles incapaces de luchar y, después de abandonar su desdichada patria, pidieron al emperador Constantino que les permitiera vivir en Panonia, donde se asentaron durante unos sesenta años y se sometieron a los decretos del emperador como súbditos. Mucho tiempo después, llamados por Estilicón, jefe del ejército, ex cónsul y patricio, ocuparon las Galias, donde se dedicaron a la rapiña de sus vecinos sin establecerse en un sitio fijo.

Capítulo XXIII Hermanarico vence a los hérulos, los vénetos y los estos

116. Pues una vez que el rey godo Geberico abandonó los asuntos de este mundo, lo sucedió en el trono al poco tiempo Hermanarico, el más noble de la familia de los Ámalos, que subyugó a muchos y belicosos pueblos nórdicos y los obligó a someterse a sus leyes. Algunos de nuestros antepasados lo comparan con razón con Alejandro Magno. Entre los pueblos a los que sometió se encontraban los goltescitas, tiudos, aunxis, vasinabrocas, mordenos, inmiscaros, roganos, tazanos, ataulos, navegos, bubegenas y coidas.

²⁶ Este pacto fue firmado en el 332 d.C, comprometiéndose los romanos a suministrar alimentos y contribuciones anuales a los godos a cambio de sus tropas «federadas». (Nota del editor)

117. Pero, aunque se había hecho famoso por subyugar a tan grandes pueblos, no pudo pasarse sin someter a su mando al pueblo de los hérulos, que estaban dirigidos por Alarico, después de haber acabado con una gran parte de ellos. Pues el pueblo al que nos referimos, por lo que cuenta el historiador Ablavio, vivía junto a la laguna Meótida, en la zona pantanosa que los griegos denominan «Hele» y por este motivo eran llamados «héluros». Era un pueblo enormemente veloz, y por ello extremadamente orgulloso.

118. No había por entonces pueblo alguno que no reclutara para sus ejércitos a sus soldados de armadura ligera. Pero aunque su velocidad no pudo ser superada en otras muchas ocasiones por sus contrincantes, sucumbió, sin embargo, ante la solidez y lentitud de los godos, y la fortuna hizo que también ellos, entre otros muchos pueblos, se convirtieran en siervos del rey geta Hermanarico.

119. Después de derrotar a los hérulos, este mismo Hermanarico dirigió sus ejércitos contra los vénetos. Éstos, aunque eran menospreciados como guerreros, eran, sin embargo, muy poderosos por su número y en un primer momento trataron de oponer resistencia. Pero de nada sirve una gran masa de hombres incapaces de combatir, sobre todo cuando se presenta una multitud armada y Dios deja que actúe. Pues éstos, como habíamos comenzado a contar al inicio de nuestra exposición, cuando enumeramos los diversos pueblos, surgieron todos de una misma estirpe, aunque hoy reciben tres nombres diferentes: vénetos, antes y esclavenos. Por entonces estaban todos sometidos a la autoridad de Hermanarico, aunque ahora hacen de las suyas por todas partes por culpa de nuestros pecados.

120. Hermanarico sometió igualmente con su prudencia y valor al pueblo de los estos, que se asientan en la inmensa costa del Océano Germánico y dio órdenes a todos los pueblos de Escitia y Germania como si fuese su amo.

Capítulo XXIV. La invasión de los hunos

121. Después de un breve período de tiempo, como cuenta Orosio, el pueblo de los hunos, el más fiero y atroz de todos, se lanzó con saña contra los godos. Investigando los relatos antiguos hemos descubierto lo siguiente sobre sus orígenes: Filimer, rey de los godos e hijo de Gadarico el Grande, que ocupó el trono de los getas en quinto lugar después de su salida de la isla de Escandia, cuando entró con su pueblo en el territorio de Escitia, como ya hemos dicho más arriba, encontró entre su pueblo a ciertas hechiceras a las que llamó en la lengua de sus padres «haliarunas». Como no le inspiraban confianza, manda expulsarlas de entre los suyos y, después de que el ejército las hiciera huir bien lejos, las obliga a andar errabundas por una zona despoblada.

122. Cuando las vieron los espíritus inmundos que erraban por el desierto, se echaron en sus brazos y tras copular con ellas engendraron esta raza ferocísima que al principio vivió entre pantanos, minúscula, sombría y raquítica, una raza que apenas se parecía a la humana y a la que no se conocía otro lenguaje aparte de uno que parecía asemejarse remotamente al humano. Así que ésta era la estirpe de la que procedían los hunos que llegaron a las tierras de los godos.

123. Este pueblo cruel, como nos refiere el historiador Prisco, se asentó sobre la ribera más lejana de la laguna Meótida, sin dedicarse a otra actividad que no fuera la caza, salvo cuando, debido al crecimiento de su población, perturbaron la tranquilidad de los pueblos limítrofes con sus saqueos y rapiñas. Unos cazadores de este pueblo, cuando estaban, como de costumbre, al acecho de sus presas en la ribera del otro lado de la Meótida, observan que se les presenta de repente una cierva, se mete en la laguna y, avanzando unas veces y parándose otras, parece que les va mostrando un camino.

124. Los cazadores la siguieron y así atravesaron a pie la laguna Meótida, que hasta ese momento consideraban tan infranqueable como el mar. Pero tan pronto como apareció ante estos desconocidos la tierra de Escitia, la cierva desapareció. Creo que fueron aquellos espíritus que engendraron a su raza los que tramaron todo esto por resentimiento hacia los escitas. **125.** Pero los cazadores, que ignoraban la existencia de otro mundo más allá de la Meótida, se quedan admirados

con la tierra de los escitas y, como son astutos, pensando que este camino no conocido hasta entonces por nadie les había sido revelado por obra de la divinidad, vuelven a los suyos y les cuentan su hazaña. Alaban la tierra de Escitia y convencen a su pueblo para que se encamine con rapidez hacia allí por el camino que habían aprendido de la cierva que les sirvió de guía. Cuando llegaron sacrificaron en primer lugar a la victoria a cuantos escitas les habían salido al encuentro, mientras que a los restantes los sometieron como súbditos.

126. Pues tan pronto como atravesaron aquella enorme laguna, arrasaron como si se tratara de un huracán de pueblos a los alpidzuros, acildzuros, irimaros, tuncarsos y boiscos que se asentaban en el litoral de Escitia. También sometieron a los alanos, que los igualaban en la lucha, pero eran diferentes en cultura, modo de vida y rasgos físicos, después de agotarlos con sus continuos ataques.

127. Pues a aquellos a los que en muchos casos no lograban vencer por las armas, los hacían huir aterrorizándolos con sus espantosos semblantes, porque tenían un aspecto de una negrura espeluznante y su rostro no era tal, sino, por así decirlo, una masa informe con dos agujeros en lugar de ojos. Esta apariencia siniestra manifiesta la crueldad del carácter de estos hombres que cortan las mejillas de sus hijos varones con la espada el mismo día en que nacen para que antes de recibir el alimento de la leche se vean obligados a acostumbrarse a resistir las heridas.

128. Por este motivo llegan a viejos siendo imberbes y son jóvenes sin belleza porque su rostro, marcado por las cicatrices de las espadas, se ve privado del pelo que sienta tan bien a esta edad. Son bajos de estatura, pero ágiles y desenvueltos en sus movimientos y muy aptos para la equitación; tienen anchas espaldas y son hábiles en el manejo del arco y las flechas, con el cuello firme y siempre erguidos de orgullo. Pero, a pesar de esta apariencia humana, lo cierto es que viven como bestias salvajes.

129. Los getas se quedan aterrizados cuando ven el empuje de esta raza destructora de tantos pueblos y preparan con su rey un plan para enfrentarse con semejante enemigo. Pues el rey godo Hermanarico, aunque había obtenido triunfos sobre muchos pueblos, como hemos dicho anteriormente, sin embargo no dejó de inquietarse ante la llegada de los hunos. En esto, el pérfido pueblo de los rosomonos, que hasta entonces había manifestado su sumisión hacia él como otros muchos, aprovecha esta ocasión para traicionarlo. En efecto, una mujer del mencionado pueblo llamada Sunilda engañó a su marido y lo abandonó. El rey se enfureció por ello y mandó que la ataran a unos caballos salvajes que, corriendo en sentido contrario, la descuartizaran. Sus hermanos, Saro y Ammio, para vengar la muerte de su hermana, hirieron a Hermanarico en un costado con su espada. Éste estuvo ya enfermo de por vida, debilitado por el efecto de esta herida.

130. Aprovechándose de su mala salud, Balamber, rey de los hunos, dirigió su ejército hacia la región de los ostrogodos, que estaban ya separados de los visigodos a causa de cierta disputa acaecida entre ellos. Entretanto Hermanarico, no pudiendo soportar ni el dolor de sus heridas ni las incursiones de los hunos, falleció muy anciano a los ciento diez años de edad. Su muerte dio ocasión a los hunos de imponerse a aquellos godos que habíamos dicho que estaban asentados en la zona oriental y que se llamaban ostrogodos.

Segunda parte: LOS VISIGODOS

Capítulo XXV. Los visigodos se establecen en Dacia, Mesia y Tracia

131. Los visigodos, o sea, los aliados de los ostrogodos que habitaban en el territorio occidental, asustados por el pavor de sus parientes, tenían dudas sobre la decisión que habían de tomar con respecto a los hunos. Después de reflexionar mucho sobre el asunto se pusieron de acuerdo en enviar emisarios a la Romanía al emperador Valente, hermano del emperador Valentiniano el Viejo, para que les concediera una parte de Tracia o de Mesia a fin de vivir allí sujetos a sus leyes y a su autoridad.²⁷ Y para que tuviera mayor confianza en ellos, prometían hacerse cristianos si les enviaba misioneros que les explicaran la doctrina en su propia lengua.

132. Tan pronto como Valente se enteró de esto, se congratuló y, accediendo de buen grado a una propuesta que a él mismo le habría gustado hacer, acogió a los getas en la región de Mesia, colocándolos como una muralla defensiva de su propio reino contra los invasores de otros pueblos. Y, dado que por entonces el emperador Valente, dominado por la herejía de los arrianos, había mandado cerrar todas las iglesias de nuestro culto, les envió predicadores de su secta que una vez llegados vertieron de inmediato el veneno de su herejía entre estos hombres rudos e ignorantes. Así los visigodos fueron convertidos no al cristianismo, sino más bien al arrianismo.

133. Por lo demás, evangelizaron a sus parientes, tanto a los ostrogodos como a los gépidas, en virtud del afecto que los unía a ellos y, al enseñarles la práctica de esta herejía, atraieron al culto de su secta a todos los pueblos que hablaban esta lengua. También éstos, como se ha dicho, atravesaron el Danubio²⁸ y se asentaron en la Dacia Ripuaria, en Mesia y en Tracia con el consentimiento del emperador.

Capítulo XXVI. Hambruna entre los visigodos y muerte de Valente

134. Sucedió a los visigodos lo que suele ocurrir a un pueblo que no está todavía asentado del todo en un lugar: sufrieron una hambruna. Sus personalidades más distinguidas y los jefes que ocupaban el puesto de reyes, a saber, Fritigerno, Alateo y Safraco, comenzaron a compadecerse de la situación de escasez que atravesaba el ejército y solicitaron a los generales romanos Lupicino y Máximo el establecimiento de relaciones comerciales. Pero ¿a qué excesos no lleva el afán desordenado de oro? Estos generales, empujados por la codicia, comenzaron a venderles no sólo carne de oveja y de buey, sino también cadáveres de perros y otros animales inmundos, y a tal precio, que les exigían cualquiera de sus propiedades por un solo pan o por diez libras de carne.

135. Pero cuando ya no les quedan propiedades ni enseres, los avaros mercaderes les piden a aquellos a quienes apremiaba la penuria del hambre que les entreguen a sus propios hijos. A los padres no les queda más remedio que acceder, con tal de asegurar la salvación de su prole y no dudan en hacerles perder antes la libertad que la vida, porque es más compasivo vender a un hijo al que se sabe que van a alimentar que conservarlo para que muera de hambre.

136. Ocurrió, pues, en aquel tiempo de desgracia que el general romano Lupicino invitó a un banquete a Fritigerno, régulo de los godos, con intención de tenderle una emboscada, como luego se descubrió. Fritigerno, que desconocía el engaño, acudió al banquete con una pequeña comitiva y mientras comía en el interior del pretorio oyó los gritos de unos desgraciados a los que parecía que estaban ejecutando; se trataba de sus compañeros a los que los soldados habían recluido en otra dependencia por orden de su general y a los que trataban de matar. Los fuertes gritos de los moribundos llegan, pues, a oídos de Fritigerno, que ya sospechaba algo, e inmediatamente descubre

²⁷ Valente fue elegido emperador en febrero del año 364 d C y se repartió el Imperio con su hermano Valentiniano En el 365 renovó el tratado del 332 con los godos que los había convertido en federados de los romanos y les concedía un estipendio anual para que defendieran las fronteras dacias establecidas por Constantino. (Nota del editor)

²⁸ Año 376.

la trampa que le han tendido. Desenvaina entonces su espada y sale raudo del banquete con gran osadía, libra a sus compañeros de la muerte segura que se cernía sobre ellos y los incita a aniquilar a los romanos.

137. Estos hombres valerosos encontraron entonces la oportunidad que tanto andaban buscando y, prefiriendo morir en la guerra antes que de hambre, tomaron las armas para acabar con los generales Lupicino y Máximo. Fue verdaderamente aquel día el que puso fin al hambre de los godos y a la tranquilidad de los romanos, y los godos comenzaron a dar órdenes a sus amos no ya como fugitivos y extranjeros, sino como ciudadanos y señores, sometiendo a su dominio los territorios septentrionales hasta el Danubio.

138. El emperador Valente se enteró de lo sucedido en Antioquía y se dirigió de inmediato a los territorios de Tracia al frente de un ejército. Allí sostuvo una lamentable guerra en la que vencieron los godos y tuvo que refugiarse herido en una finca cercana a Adrianópolis²⁹. Los godos, ignorando que el emperador se refugiaba en una casucha miserable, le prendieron fuego, como suele suceder cuando el enemigo está enfurecido, y el emperador pereció así abrasado junto con su séquito real. No fue esto otra cosa que el mismísimo juicio de Dios, para que muriera quemado por los mismos que, deseando la verdadera fe, habían sido conducidos por él a la herejía, transformando así el fuego de la caridad en fuego del infierno. Por ese tiempo, los visigodos, después de alcanzar la gloria de tamaña victoria, comenzaron a habitar el suelo de Tracia y la Dacia Ripuaria como si se apropiaran de la tierra que los vio nacer.

Capítulo XXVII. Los godos bajo el emperador Teodosio

139. Entonces Teodosio fue llamado por el emperador Graciano para que viniera desde Hispania a suceder en el trono de Oriente a su tío Valente. La disciplina militar fue pronto restablecida y los godos empezaron a sentir temor porque se iba acabando con la desidia y la indolencia de los emperadores anteriores. Pues este nuevo emperador, hombre de carácter firme y célebre por su valor e inteligencia, fue capaz de levantar los ánimos de un ejército desmoralizado con una mezcla de rigor en sus órdenes y de dulce generosidad. Así que cuando los soldados, gracias a un emperador mejor que los anteriores, recobraron otra vez su confianza, atacan a los godos y los expulsan de los confines de Tracia.

140. Por entonces el emperador Teodosio cae enfermo con pocas esperanzas de recuperarse, lo que hace que los godos recobren su audacia. Dividieron el ejército en dos y Fritigerno se marchó a saquear Tesalia, el Epiro y Acaya, mientras que Alateo y Safraco se dirigieron con las restantes tropas a Panonia.

141. Cuando se enteró de esto el emperador Graciano, que se había dirigido a las Galias desde Roma para hacer frente a una invasión de los vándalos, puesto que los godos atacaban con más saña al estar Teodosio agonizante por su fatal enfermedad, reunió a su ejército y se puso inmediatamente en marcha contra ellos. Pero como no confiaba en obtener una victoria militar, sino que pensaba ganárselos más con generosidad y regalos, les ofreció víveres y firmó con ellos un tratado de paz.³⁰

Capítulo XXVIII. Atanarico visita Constantinopla

142. Cuando más tarde el emperador Teodosio se recuperó y supo que el emperador Graciano había firmado el tratado que él mismo había deseado tanto, se alegró muchísimo y estuvo de acuerdo en mantener esta paz. Se ganó mediante regalos la amistad de Atanarico, que había

²⁹ Año 378.

³⁰ Este tratado de paz fue firmado el tres de octubre del 382 y resultaba bastante oneroso para Teodosio, ya que permitía a los godos instalarse en Mesia y el norte de Tracia a lo largo del Danubio y comprometía a los romanos a suministrarles subsidios anuales, comida, ropa y viviendas. Como compensación, los godos servirían como aliados (*foederati*) en el ejército romano. (Nota del editor)

sucedido a la sazón a Fritigerno, y con la amabilidad que lo caracterizaba, lo invitó a venir a Constantinopla.

143. Atanarico accedió encantado y al entrar en la ciudad real dijo con sorpresa: «*Contemplo ahora lo que tantas veces me había negado a creer cuando me lo contaban*», refiriéndose a la fama de una ciudad tan importante. Volvía los ojos a un lado y a otro y se quedaba asombrado al contemplar la situación de la ciudad, el tráfico marítimo o sus imponentes murallas. Al ver la confluencia de tantos pueblos distintos, como el agua que procedente de tantos lugares fluye en una sola fuente, así como las formaciones de soldados, exclamó: «*El emperador es sin lugar a dudas un dios en la tierra, y cualquiera que levante su mano contra él ha de pagarlo con su propia sangre.*»

144. Admirado hasta este punto y colmado de los mayores honores por parte del emperador, partió de este mundo a los pocos meses. El emperador, dado el afecto que le tributaba, honrándolo casi más después de muerto que cuando estaba vivo, le dio digna sepultura y durante el funeral caminó delante de su féretro.

145. A la muerte de Atanarico todo su ejército continuó al servicio del emperador Teodosio y a las órdenes del Imperio formó un solo cuerpo, por así decirlo, con el ejército romano, recuperándose así el contingente de federados instituido antaño por Constantino, que continuaron llamándose también «Federados». El emperador, comprendiendo que eran leales y amigos, se llevó consigo a más de veinte mil soldados de entre ellos a su campaña contra Eugenio, el tirano que, tras asesinar a Graciano, se apoderó de las Galias, y una vez que hubo derrotado a dicho tirano, se cobró su venganza.

Capítulo XXIX. Alarico llega hasta Ravena

146. Pero después de que Teodosio, amante de la paz y de la nación goda, dejó los asuntos de este mundo, sus hijos³¹ comenzaron a vivir de forma fastuosa, a arruinar uno y otro Imperio y a privar a sus tropas auxiliares godas de las contribuciones acostumbradas, con lo que creció su descontento contra ellos. Temiendo que su valor desapareciera por culpa de una paz tan prolongada, los godos proclamaron rey a Alarico, que pertenecía al ilustre linaje de los Baltos, el segundo en nobleza después de los Amalos. Esta familia había recibido hacía tiempo entre los godos por su bravura y coraje el nombre de «Balta», que significa «audaz».

147. Así que, tan pronto como el mencionado Alarico fue nombrado rey, se reunió en asamblea con los suyos y los convenció para que conquistaran nuevos reinos con su propio esfuerzo antes que permanecer sometidos por indolencia a pueblos extranjeros. Reclutó un ejército durante el consulado de Estilicón y Aureliano³² y, después de atravesar Panonia y Sirmio, penetró en Italia por el este como si se tratara de un país despoblado, llegando hasta el puente Candidiano, que se encuentra a tres millas de la ciudad real de Ravena, sin encontrar resistencia alguna.

148. Esta ciudad, rodeada de pantanos y situada entre el mar y el curso del río Po, sólo es accesible por un lugar, y sus antiguos habitantes, según cuentan nuestros antepasados, se llamaban «énetos», es decir, «dignos de alabanza». Está enclavada en el corazón del Imperio Romano, por encima del mar Jónico³³ y rodeada, a modo de isla, por las aguas que confluyen en ella.

149. Está limitada al este por el mar y navegando hacia ella en línea recta desde Corcira y Grecia y dejando a mano derecha primero el Epiro y luego Dalmacia, Liburnia e Istria, se llega al territorio de los vénetos con la ayuda del remo; por el oeste, en cambio, está rodeada de pantanos entre los que queda sólo una entrada muy estrecha a modo de puerta; por la zona norte está un ramal del río Po llamado «Canal Ascón»; por el sur la bordea igualmente el Po, llamado rey de los ríos del

³¹ Arcadio y Honorio.

³² Año 400.

³³ El que actualmente conocemos como Adriático. (Nota del editor)

suelo de Italia, al que aplican el sobrenombre de «Eridano» y cuyo cauce fue muy ahondado por el emperador Augusto.

150. La séptima parte del caudal de este río discurre por el centro de la ciudad, formando en su desembocadura un magnífico puerto. Según cuenta Dión, antiguamente se creía que podía servir de refugio seguro a una flota de doscientos cincuenta barcos.

151. Hoy día, como dice Flavio, lo que fuera en otro tiempo puerto presenta espaciosos jardines llenos de árboles de los que no cuelgan ya velas, sino frutos. No en vano esta ciudad se enorgullece de tener tres nombres que responden a tres ubicaciones distintas: la primera parte se llama Ravena, la última Clase, y en medio de ellas está Cesárea, entre la ciudad y el mar, en una explanada llana de arena fina muy adecuada para el transporte.

Capítulo XXX. Alarico saquea Roma

152. Efectivamente, cuando el ejército de los visigodos se situó en las inmediaciones de esta ciudad, envió una legación al emperador Honorio, que se encontraba en el interior, diciéndole que si permitía a los godos asentarse pacíficamente en Italia vivirían con los romanos como si se tratase de un solo pueblo, pero que si, por el contrario, no estaba de acuerdo, lucharían y el que fuera más fuerte expulsaría al otro y podría vivir tranquilo gobernando como vencedor. Pero el emperador Honorio, temiendo ambas propuestas, y después de recabar la opinión del Senado, estudiaba un plan para expulsar a los godos de Italia.

153. Finalmente tomó la decisión de que Alarico y su pueblo, si eran capaces, debían reclamar como tierra propia las Galias y las Hispanias, provincias situadas lejos y que estaban ya casi perdidas y devastadas por la invasión del rey vándalo Giserico. Los godos aceptan este acuerdo y, después de confirmarse esta donación por un oráculo sagrado, se ponen en camino hacia la patria que les había sido entregada.

154. Después de retirarse de Italia, donde no habían cometido ninguna tropelía, el patricio Estilicón, suegro del emperador Honorio (pues el emperador se casó sucesivamente con sus dos hijas, María y Termancia, y ambas fueron llamadas por Dios de este mundo cuando eran todavía vírgenes e intactas), este Estilicón, como digo, se acercó con engaños a la ciudad de Pollentia, situada en los Alpes Cotios y, no sospechando nada malo los godos, se lanzó a una guerra que produciría la destrucción de toda Italia y su propia vergüenza.

155. Los godos, al verlo presentarse de repente, se quedaron aterrados en un primer momento, pero pronto recobran los ánimos incitándose unos a otros a la lucha, como solían hacer en estos casos, y logran aniquilar a casi todo el ejército de Estilicón, que tiene que darse a la fuga. Llenos de rabia abandonan el viaje que habían emprendido y se vuelven de nuevo a Liguria, por donde ya habían pasado, y después de saquearla y expoliarla arrasan de igual manera la Emilia. Siguiendo la ruta de la calzada Flaminia entre el Piceno y Toscana en dirección a Roma, devastan y saquean todo lo que encuentran a su paso por ambos lados.

156. Finalmente entran en Roma y Alarico da orden de que solamente la saqueen, pero no permite que la incendien, como suelen hacer estos pueblos, ni que se cometa afrenta alguna contra cualquier cosa que se encuentre en los lugares sagrados.³⁴ Desde allí se dirigen a Campania y Lucania, donde siguen ocasionando los mismos estragos y llegan al territorio de los bricios. Se quedan allí una temporada y deciden pasar luego a Sicilia y desde allí a los territorios africanos. La región de los bricios se encuentra en los confines meridionales de Italia. Forma un ángulo al comienzo de los montes Apeninos que se prolonga como si fuera una lengua separando el mar Tirreno del Adriático, y su nombre lo tomó hace mucho de la reina Brides.

157. Así que allí fue a donde llegó el rey visigodo Alarico con las riquezas de toda Italia, que había tomado como botín de guerra, y luego, como hemos dicho, se dispuso a pasar a la tranquila tierra africana a través de Sicilia. Pero en su pavoroso estrecho (¡qué poco libre es el

³⁴ 24 de agosto del 410.

hombre para hacer algo sin la aprobación de Dios!) se hundieron unos cuantos barcos y la mayoría sufrió graves daños. Disuadido Alarico por este contratiempo, mientras estaba decidiendo qué hacer, dejó los asuntos de este mundo como consecuencia de una muerte prematura y repentina.

158. Es muy llorado por los suyos, que le tributaban un gran afecto. Desvían el curso del río Busento, junto a la ciudad de Cosenza (pues este río corre desde el pie del monte hasta la ciudad con sus saludables aguas) y reúnen a un grupo de prisioneros para que cavén una tumba en medio del cauce del río. En el interior de este hoyo entierran a Alarico con muchas riquezas, vuelven a conducir de nuevo las aguas a su cauce y matan a todos los enterradores para que nadie pueda encontrar nunca el lugar. Luego entregan el reino visigodo a Ataúlfo, un pariente de Alarico famoso por su inteligencia y su belleza, pues aunque no era de gran estatura, se distinguía por la belleza de su cuerpo y de su rostro.

Capítulo XXXI. Ataúlfo conquista las Galias e Hispania.

159. Cuando Ataúlfo se convirtió en rey volvió a Roma y arrasó como una plaga de langostas lo que había quedado después del primer saqueo. Se apoderó también de todas las propiedades de Italia y no sólo de las particulares, sino también de las del Estado, sin que el emperador Honorio pudiera hacer nada para impedirlo, llevándose de Roma como esclava a su hermana Placidia, hija de la segunda esposa del emperador Teodosio.

160. Sin embargo, en atención a su noble linaje, su belleza física y su casta pureza, se unió a ella en legítimo matrimonio en Foro Julio, ciudad de la Emilia, para que los restantes pueblos, al conocer este enlace, se asustaran más pensando que se trataba de una alianza del Imperio con los godos. Luego abandonó generosamente al emperador Honorio, como pariente suyo que era ya, pero privado de bienes, y se dirigió a las Galias.

161. Cuando llegó allí, los pueblos vecinos comenzaron a recluirse en sus territorios, tanto los francos como los burgundios, que habían asolado tan cruelmente las Galias en épocas pasadas. Por su parte, los vándalos y los alanos, que como dijimos más arriba, se habían asentado en las dos Panonias con el consentimiento de los emperadores, pensaron que no iban a estar seguros si volvían allí los godos por el miedo que les inspiraban, y pasaron a las Galias.

162. Pero pronto hubieron de huir de las Galias que acababan de ocupar y se refugiaron en Hispania, acordándose aún de lo que les habían contado sus mayores sobre los desastres que había causado a su pueblo el rey godo Geberico, que los había expulsado por la fuerza del suelo de su patria. De modo que esta coyuntura puso las Galias a merced de Ataúlfo.

163. Así pues, una vez que este rey godo consolidó su reino en las Galias, comenzó a compadecerse de las desgracias de los hispanos y decidió librarlos de las incursiones de los vándalos. Dejó sus riquezas en Barcelona con algunos hombres leales y los que no podían combatir, y penetró en el interior de Hispania, donde tuvo frecuentes enfrentamientos con los vándalos. Tres años después de haber sometido las Galias y los territorios hispanos murió por culpa de una herida que había recibido en el vientre de la espada de Evervulfo, de cuya estatura solía burlarse. Después de su muerte fue nombrado rey Sigerico, pero también él pereció traicionado por los suyos y perdió muy prematuramente el reino y la vida.

Capítulo XXXII. Reinado de Valia

164. Más tarde Valia³⁵, hombre severo y prudente en demasía, es proclamado rey, el cuarto desde Alarico. Contra él envió el emperador Honorio a Constancio, hombre muy experimentado en asuntos bélicos y vencedor en múltiples batallas, temiendo que rompiera el pacto firmado tiempo atrás con Ataúlfo y que tramara de nuevo alguna asechanza contra el Imperio, ahora que había

³⁵ Valia fue rey del 415 al 419 y el verdadero fundador del reino visigodo de Tolosa, al que consolidó como entidad verdaderamente independiente del Imperio Romano. (Nota del editor)

conseguido desembarazarse de los pueblos vecinos. Deseaba al mismo tiempo liberar a su hermana Placidia de la vergüenza que suponía su sumisión a él, y por eso pactó con Constancio que se la concedería en matrimonio si podía llevársela a su reino bien pacíficamente, o bien por las armas o por cualquier otro medio.

165. Constancio, contento con el trato, se dirige a Hispania con muchos soldados y con un cortejo ya casi real. Valia, rey de los godos, le sale al encuentro a la entrada de los Pirineos con un contingente en nada inferior al suyo. Allí cada una de las partes manda una embajada a la otra, y llegan al acuerdo de que Valia devolvería al emperador a su hermana Placidia y no se negaría a prestar ayuda al Imperio Romano cuando las circunstancias así lo exigieran.³⁶ Precisamente por este tiempo un tal Constantino se había hecho con el poder en las Galias y había nombrado César a su hijo Constante, que antes era monje. Pero no pudo mantenerse mucho tiempo en el poder que había usurpado porque pronto murió a manos de los romanos y sus aliados godos en Arlés, y su hijo en Vienne. Con posterioridad a éstos también Jovino y Sebastián, haciendo gala de una temeridad semejante, sufrieron el mismo final cuando trataban de usurpar el poder imperial.

166. En el duodécimo año de su reinado, cuando los hunos fueron expulsados por los godos y los romanos de la región de Panonia que habían ocupado durante casi cincuenta años, viendo Valia que los vándalos habían tenido la osadía de atreverse a salir del interior de Galicia, donde los había confinado Ataúlfo, y que se atrevían a saquear cuanto podían en sus propios dominios, es decir en el territorio de Hispania, envió sin dilación un ejército contra ellos, justamente durante el consulado de Hierio y Ardabures.

Capítulo XXXIII. Los vándalos pasan a África

167. Pero Giserico, rey de los vándalos, había sido llamado por entonces a África por Bonifacio (que había caído en desgracia ante el emperador Valentiniano y, no pudiendo vengarse de otro modo que haciendo daño al Imperio, suplicó a los vándalos que acudieran a él). Hizo la travesía por un paso angosto denominado estrecho de Gades, que separa África de Hispania con una distancia de apenas siete millas, y por el que desemboca el mar Tirreno³⁷ en las aguas del Océano.

168. Era ya por entonces Giserico muy conocido en todo el mundo por la derrota que infligió a los romanos; de estatura media y cojo a consecuencia de la caída de un caballo, profundo de espíritu, poco hablador, deseoso de riquezas, inclinado a la ira, despreciaba el lujo y era muy hábil para atraerse a otros pueblos y sembrar la discordia y provocar el odio.

169. Éste era el hombre que, a ruegos de Bonifacio, como hemos dicho, entró en las regiones africanas del Imperio, donde reinó mucho tiempo con un poder que se dice que había recibido de la divinidad. Antes de morir³⁸ mandó llamar sus hijos y les prescribió que no surgiera entre ellos ninguna disensión por la ambición de alcanzar el trono, sino que cada uno ocupara el poder ordenadamente tras la muerte de los otros, es decir, que al de mayor edad lo sucediera el siguiente de sus hijos y a éste el próximo. Observando este precepto mantuvieron su reino por espacio de muchos años y no lo destruyeron con guerras civiles, como suele suceder en otros pueblos, sino que uno detrás de otro ocuparon el trono ordenadamente y gobernaron en paz a su pueblo.

170. El orden de sucesión fue el siguiente: el primero fue Giserico, su padre y señor; el siguiente Himerico, el tercero Guntamundo, el cuarto Trasamundo, el quinto Hilderico, al que para desgracia de su pueblo y olvidando los preceptos de su antepasado expulsó del trono Gelimer, que lo asesinó e instauró un gobierno despótico.

³⁶ Este tratado de paz entre Constancio y Valia se firmó a comienzos del año 416 y por él los visigodos se comprometían a luchar al servicio del Emperador contra los otros pueblos bárbaros asentados en Hispania. Gala Placidia fue devuelta también a Honorio y al año siguiente se casó con Constancio, de cuyo matrimonio nació el futuro emperador Valentiniano III. (Nota del editor)

³⁷ Esta denominación de mar Tirreno para todo el Mediterráneo es frecuente en los geógrafos antiguos. (Nota del editor)

³⁸ Año 477.

171. Sin embargo, su acción no quedó impune, pues pronto la venganza del emperador Justiniano cayó sobre él y, gracias a la intervención del gloriosísimo Belisario, comandante en jefe del ejército de Oriente, cónsul ordinario y patricio, fue llevado con todo su pueblo y las riquezas que acumulaba como un pirata a Constantinopla, donde sirvieron para que el pueblo disfrutara de un gran espectáculo de circo. Allí, sufriendo un tardío arrepentimiento por sus actos y viéndose privado de su condición real, murió rebajado a la condición de un cualquiera, pero negándose a aceptarla.

172. De este modo, África, que en la división de la tierra aparece descrita como la tercera parte del mundo, fue liberada del yugo de los vándalos después de casi cien años y conducida de nuevo a la libertad del Imperio Romano. Así, la que hacía tiempo había sido desgajada del cuerpo del Estado Romano por un ejército pagano dirigido por déspotas indolentes y generales infieles, vive hoy feliz recuperada por un emperador emprendedor y un general leal. Aunque poco después hubo de lamentarse durante algún tiempo por causa de una guerra civil en la que resultó devastada por la deslealtad de los moros, sin embargo el triunfo que Dios tuvo a bien conceder al emperador Justiniano hizo que pudiera continuar indefinidamente su pacificación. Pero ¿qué necesidad tenemos de hablar de estos asuntos que no vienen a cuento? Volvamos al tema que nos ocupa.

173. El rey godo Valia estaba hasta tal punto enfurecido contra los vándalos que habría deseado perseguirlos hasta África si no le hubiera hecho volver atrás la misma circunstancia que le había acaecido a Alarico tiempo atrás cuando se dirigía a África. Ennoblecido, pues, con las victorias obtenidas en el interior de Hispania sin derramamiento de sangre, vuelve a Tolosa. Después de entregar al Imperio Romano, como había prometido, unas cuantas provincias de las que había hecho huir a sus enemigos, una pésima enfermedad acabó con la buena salud de la que había disfrutado tanto tiempo y dejó los asuntos de este mundo.

174. Fue precisamente por esta época cuando Berimundo, cuyo padre era Turismundo, del que ya hablamos más arriba al trazar la genealogía de la familia de los Ámalos, emigró junto con su hijo Viterico al reino de los visigodos desde el territorio de los ostrogodos, que aún vivían en las tierras de Escitia sometidos a la opresión de los hunos. Consciente de su valor y de su linaje, creía que sus parientes le concederían el trono, porque se sabía heredero de numerosos reyes, pues pensaba que nadie dudaría en elegir a un miembro de la familia de los Ámalos si el trono estaba vacío. Pero, sin embargo, no quiso revelar su identidad y los godos nombraron sucesor a Teodredo tras la muerte de Valia.

175. Berimundo se presentó ante él y, con la grandeza de espíritu que lo caracterizaba, prefirió callar prudentemente su noble linaje porque sabía que los nacidos de estirpe real siempre resultan sospechosos para los que ocupan el trono, y aceptó pasar por un desconocido para no alterar el orden establecido. El rey Teodredo lo acogió a él y a su hijo con grandes honores, hasta el punto de no privarse de su consejo ni de invitarlo a sus banquetes. Sin embargo, no lo trataba así en virtud de la nobleza de su linaje, pues le era desconocida, sino por la grandeza de espíritu e inteligencia que no podía ocultar.

Capítulo XXXIV. Hunos y romanos luchan contra Teodredo

176. Tal vez te preguntes qué sucedió entonces. Repitiendo lo que ya hemos dicho, a la muerte de Valia, que había resultado poco afortunado en las Galias, lo sucedió en el trono Teodredo, cuyo reinado fue enormemente próspero y venturoso. Hombre de gran moderación y dotado de una enorme fuerza física y moral, hubo de hacer frente al ataque de los romanos que, aliados con los hunos, rompieron la tregua en las Galias durante el consulado de Teodosio y Festo.³⁹ Esto fue consecuencia del ataque de un grupo de godos federados que unidos al conde Gainas había asolado Constantinopla. Estaba por entonces al frente del ejército el patricio Aecio, nacido del valeroso linaje de los Mesios en la ciudad de Durostoro e hijo de Gaudencio. Dotado de una gran resistencia para las fatigas bélicas y nacido especialmente para servir al Estado Romano, había

³⁹ El año 439 d.C. (Nota del editor)

obligado a los orgullosos suevos y a los salvajes francos, después de aplastantes derrotas, a someterse al Imperio Romano.

177. El ejército romano junto con las tropas auxiliares de los hunos al mando del general Litorio se dispuso a presentar combate a los godos. Los dos ejércitos permanecieron durante bastante tiempo alineados en orden de batalla uno enfrente del otro, puesto que los dos eran valerosos y ninguno de los dos inferior al otro. Finalmente decidieron estrecharse las manos y restauraron su antigua concordia. Corroboraron con la firma de un tratado su promesa de mantener lealmente la paz y ambos ejércitos se retiraron.

178. Con esta paz se calmó Atila, caudillo supremo de todos los hunos y el único de toda la historia que había conseguido reinar sobre todos los pueblos de Escitia, un hombre al que admiraban por su siniestra fama todos los pueblos. El historiador Prisco, que fue enviado ante él por Teodosio el Joven en una embajada, cuenta, entre otras cosas, lo siguiente: *«Después de atravesar inmensos ríos como el Tisia, el Tibisia y el Drica, llegamos al famoso lugar en el que antaño Vidigoya, el más valiente de los godos, pereció víctima de una trampa de los sármatas, y no lejos. de allí nos acercamos a una aldea en la que residía el rey Atila. Esta aldea que digo se parecía más bien a una inmensa ciudad en la que descubrimos un palacio amurallado, construido con enormes placas de madera cuyo ensamblaje daba tal impresión de solidez que incluso con esfuerzo apenas podían distinguirse las juntas de los tablones.*

179 *»Allí se veían espaciosos salones de banquetes enormemente fastuosos y pórticos profusamente adornados El área del patio estaba rodeada de una inmensa empalizada cuyas grandes dimensiones mostraban que se trataba de un verdadero palacio real.»* Ésta era la residencia del rey Atila, que dominaba a todos los bárbaros y que prefería esta morada a todas las ciudades que había conquistado.

Capítulo XXXV. Orígenes y carácter de Atila

180. Este Atila tuvo como padre a Mundiuco, cuyos hermanos fueron Octar y Rúas, que se dice que fueron reyes de los hunos antes que Atila, aunque no reinaron sobre todos como él. Después de la muerte de éstos los sucedió en el trono de los hunos junto con su hermano Bleda y, para poder llevar a cabo libremente los proyectos que preparaba, trató de aumentar sus fuerzas con el fratricidio, comenzando la destrucción universal con el asesinato de su propia familia.

181 Pero la justicia actuó sobre el que no dudaba en emplear los medios más detestables para aumentar su poder, y su crueldad encontró un final vergonzoso Así pues, tras asesinar a traición a su hermano Bleda, que reinaba sobre buena parte de los hunos, reunió en torno a sí a todo su pueblo y a otro numeroso grupo de naciones que estaban sometidas por entonces a su obediencia, con el deseo de subyugar a los pueblos más poderosos del mundo, los romanos y los visigodos.

182. Se estimaba que el número de efectivos de su ejército rondaba los quinientos mil y era un hombre nacido para conmocionar a los pueblos e infundir pavor a todo el universo, pues sólo con su tremenda reputación conseguía aterrar a todos. Era arrogante en el porte y volvía los ojos de un lado a otro para que incluso el poder de su espíritu orgulloso se manifestara en cada movimiento de su cuerpo. Aunque era amante de la guerra, sabía mantener el control sobre sus actos. Era sumamente juicioso, clemente con los que le suplicaban perdón y generoso con los que se aliaban con él. De estatura era bajo, ancho de pecho, de cabeza grande y ojos pequeños; la barba la tenía poco poblada, los cabellos canosos, la nariz aplastada y la tez oscura, rasgos todos ellos que denotaban su raza.

183. Aunque por naturaleza siempre había tenido grandes esperanzas de éxito, su ambición se había acrecentado al encontrar la espada de Marte, que siempre había sido considerada sagrada por los reyes de Escitia. El historiador Prisco refiere así el hallazgo: *«Un pastor –dice– observó que una de las terneras de su rebaño cojeaba y, como no encontraba lo que podía haberle causado una herida tan grande, sigue con preocupación los rastros de sangre hasta que finalmente llega hasta*

la espada que la incauta novilla había pisado mientras pastaba. La desentierra y se la lleva de inmediato a Atila. Éste le agradece el regalo y, con la presunción que lo caracterizaba, piensa que ha sido designado señor de todo el universo y que por medio de esta espada le ha sido concedido el poder de decidir el resultado de las guerras.»

Capítulo XXXVI. Los romanos se alían con los visigodos contra Atila

184. Cuando Giserico, rey de los vándalos, de quien hemos hablado anteriormente, tiene conocimiento del propósito de Atila de devastar todo el orbe, lo instiga para que declare la guerra a los visigodos, ofreciéndole a cambio regalos, pues temía que el rey visigodo Teodoredo vengara la afrenta que había sufrido su hija. Esta se había casado con Hunerico, hijo de Giserico, y al principio se había alegrado de un matrimonio de tanta categoría. Pero luego Hunerico, con la crueldad que solía manifestar hasta con sus propios familiares, sólo por sospechar que su esposa había intentado suministrarle un veneno, la había enviado de vuelta a las Galias junto a su padre después de mutilarle la nariz y las orejas, privándola así de su natural belleza, para que la desdichada mostrara siempre este vergonzoso recuerdo. Tal crueldad, que conmovía incluso a los extranjeros, estaba pidiendo a gritos la venganza de su padre.

185. Así pues, Atila decidió con el apoyo de Giserico comenzar las guerras que había proyectado y envió emisarios a Italia ante el emperador Valentiniano para sembrar la discordia entre los godos y los romanos y debilitar con disputas internas a los que no podía vencer en combate. Aseguraba que no quería romper su amistad con el Imperio, sino que su guerra era contra el rey visigodo Teodoredo. Luego, como deseaba de buen grado que Valentiniano se mantuviera al margen de la guerra, llenaba el resto de la carta de los halagos y saludos acostumbrados, tratando de dar mayor crédito a sus mentiras.

186. Envío otra carta del mismo tenor al rey visigodo Teodoredo, exhortándolo a abandonar su alianza con los romanos y a recordar las crueles guerras que le habían declarado no hacía tanto; hombre astuto éste, que combatía con artimañas antes de hacer la guerra.

187. Entonces el emperador Valentiniano envió una legación a los visigodos y a su rey Teodoredo que se expresó en estos términos: *«Lo más prudente que podéis hacer, ya que sois el más valeroso de los pueblos, es uniros a nosotros contra el tirano universal que desea someter a la esclavitud a la totalidad del orbe, que no necesita tener motivos para declarar la guerra y que considera legítimos todos sus actos. Mide su ambición con su propio brazo y sacia su orgullo con una absoluta permisividad hacia sí mismo; despreciando la ley humana y la divina, muestra que es incluso enemigo de la naturaleza misma. Merece por ello el aborrecimiento de todos, puesto que él mismo se reconoce enemigo de todo el mundo.»*

188. *«Os ruego que recordéis lo que sin duda no podéis olvidar, que no somos atacados por los hunos en una guerra abierta, donde todos estamos en igualdad de condiciones, sino, lo que es más grave, que han emprendido este ataque con asechanzas. Por no decir nada de nosotros, ¿podéis tolerar que esta arrogancia quede sin venganza? Ya que tenéis ejércitos poderosos, ayudarnos en nuestros sufrimientos y unid vuestras fuerzas a las nuestras. Prestad vuestro auxilio al Imperio, ya que poseéis una parte del mismo. Averiguad los propósitos del enemigo si queréis saber hasta qué punto deseamos y ansiamos vuestra alianza.»*

189. Con estos argumentos y otros semejantes, los legados de Valentiniano conmovieron al rey Teodoredo y éste respondió diciendo: *«Romanos, habéis conseguido lo que deseabais: habéis convertido a Atila también en enemigo nuestro. Lo perseguiremos hasta cualquier lugar adonde nos haga ir y, aunque se jacte de sus victorias sobre diversos pueblos, los godos saben bien cómo se lucha contra los arrogantes. Me atrevería a decir que no hay ninguna guerra onerosa a excepción de la que se hace por motivos injustos, y nada malo ha de temer aquel que defiende su soberanía.»*

190. Los nobles godos aplauden la respuesta de su jefe y el resto del pueblo los secunda con entusiasmo. A todos les entran ansias de combatir y arden en deseos de luchar contra sus enemigos los hunos. Una inmensa multitud se pone a las órdenes del rey visigodo Teodoro, que deja en casa a cuatro de sus hijos —es decir, a Friderico, Eurico, Retemero e Himmerito— y se lleva consigo como compañeros de fatigas a sus hijos mayores Turismundo y Teodoro. ¡Feliz ejército, segura defensa, dulce apoyo el de quien cuenta con la ayuda de aquellos que se alegran de compartir juntos los mismos peligros!

191. En las filas romanas fue tan grande la previsión del patricio Aecio, de quien dependían por entonces las regiones occidentales, que reunió a guerreros de todas partes y marchó contra una masa infinita de enemigos feroces con iguales efectivos. En efecto, se unieron a los romanos como tropas auxiliares los francos, los sármatas, los armoricanos, los liticianos, los burgundios, los sajones, los riparios y los olibriones, que en otro tiempo habían sido soldados romanos, pero que entonces fueron convocados sólo como auxiliares, así como algunos otros pueblos celtas y germanos.

192. Se concentraron, pues, las tropas en los Campos Cataláunicos, que se denominan también Mauriacos y que tienen cien leguas, como dicen los galos, de largo, y setenta de ancho (la legua gala es una medida equivalente a mil quinientos pasos). Aquella parte de la tierra se convierte entonces en punto de encuentro de innumerables pueblos. Se enfrentan dos ejércitos valerosísimos; no hay ya lugar para tretas, sino que ahora se lucha a campo abierto.

193. ¿Qué motivo se puede hallar para una movilización tan ingente? ¿Qué odio los incitó a todos a armarse unos contra otros? Quedó probado que el género humano obedece a sus propias leyes, puesto que la locura de un solo hombre provocó con su ataque la destrucción de tantos pueblos, y el capricho de un rey arrogante destruyó en un instante lo que la Naturaleza había tardado tantos siglos en crear.

Capítulo XXXVII. Teodoro y Aecio ocupan Orleans

194. Pero antes de narrar el desarrollo mismo de la batalla parece necesario explicar los episodios preliminares, porque si la batalla en sí fue memorable, las peripecias de que se vio rodeada fueron también múltiples y sorprendentes. En efecto, Sangibario, rey de los alanos, lleno de terror ante el desenlace de los acontecimientos, promete entregarse a Atila y confiarle el mando de la ciudad gala de Orleans, en la que residía por aquel entonces. Al enterarse de esto Teodoro y Aecio, construyen grandes fortificaciones con terraplenes delante de la ciudad antes de la llegada de Atila y vigilan al sospechoso Sangibario, colocándolos a él y a su pueblo en medio de las tropas auxiliares.

195. Atila, rey de los hunos, se conmocionó con estos sucesos y, desconfiando de sus propias tropas, temió comenzar el enfrentamiento. Pensando entretanto que la huida podía ser más desafortunada que la muerte misma, decidió consultar a sus adivinos sobre el futuro que le aguardaba. Éstos examinaron como de costumbre las entrañas de los animales y vieron que aparecían ciertas venas sobre los huesos quebrantados, lo que suponía un funesto presagio para los hunos. Sin embargo, sus predicciones aportaban un pequeño consuelo: que el jefe supremo de los enemigos del bando contrario sucumbiría en la batalla y ensombrecería con su muerte la victoria que habían de conseguir.

196. Aunque Atila consideraba provechosa la muerte de Aecio, porque estorbaba sus planes, incluso a costa de su propia derrota, sin embargo, se quedó preocupado con estos vaticinios y, como en el fondo era un excelente estratega militar, empezó con cierto temor el combate hacia la hora nona del día, para tener el amparo de la noche si las cosas no marchaban como él quería.

Capítulo XXXVIII. La batalla de los Campos Cataláunicos

197. Los dos bandos se encontraron, como habíamos dicho, en los Campos Cataláunicos⁴⁰. El terreno del campo de batalla tenía una ligera pendiente que crecía hasta formar un pequeño collado. Ambos ejércitos deseaban apoderarse de él porque la buena situación del lugar confería una ventaja nada desdeñable. Los hunos ocuparon el flanco derecho con los suyos, mientras que los romanos y visigodos ocupaban el izquierdo con sus tropas auxiliares, y así comenzaron el combate sin haberse adueñado todavía de la cima del montículo.

198. Teodoro y los visigodos estaban colocados en el ala derecha del ejército, Aecio y los romanos en la izquierda, y habían dejado en medio a Sangibano, que como hemos dicho más arriba era el jefe de los alanos, encerrando entre tropas leales con gran precaución militar al que inspiraba menor confianza pues está claro que el que tiene difícil el camino para huir asume más fácilmente la necesidad de luchar. Las tropas de los hunos, por su parte, estaban organizadas de modo bien diferente; Atila estaba colocado en el centro con sus hombres más aguerridos. Con esta disposición se preocupaba este rey sobre todo de su propia seguridad, pues al estar colocado entre lo más escogido de sus tropas, quedaba libre del peligro más inminente.

199. Las alas de su ejército las formaban una multitud de pueblos procedentes de razas diversas que había sometido a su autoridad. Entre ellos sobresalía el ejército de los ostrogodos, mandado por los hermanos Valamiro, Teodomiro y Vidimiro, más nobles que el mismo rey al que entonces obedecían, pues pertenecían al ilustre y poderoso linaje de los Ámalos. Estaba también allí con una innumerable tropa de gépidas el muy afamado y valiente rey Ardarico, que por su gran lealtad a Atila tenía el privilegio de ser uno de sus consejeros, pues Atila, que era muy sagaz en sus decisiones, apreciaba a éste y al rey ostrogodo Valamiro por encima de los demás reyezuelos. Lo cierto es que Valamiro sabía guardar bien los secretos, era de lenguaje convincente e incapaz de cometer traición. Ardarico, por su parte, era famoso por su lealtad y buen juicio, como ya hemos dicho; no le debieron de faltar razones a Atila para pensar que ambos iban a luchar contra sus parientes visigodos.

200. La restante muchedumbre de reyes y caudillos de diversos pueblos, si es que se los puede llamar así, estaban atentos a las órdenes de Atila como si fueran su propia escolta, y tan pronto como hacía un gesto con los ojos, sin murmurar siquiera una palabra, acudían todos ante él muertos de miedo y terror, dispuestos a llevar a cabo cualquier cosa que mandara.

201. Solamente Atila, rey de todos los reyes, se preocupaba de todo y por todos. Así que se entabló el combate con el fin de apoderarse de este lugar privilegiado del que hemos hablado. Atila manda a los suyos ocupar la cima del monte, pero se le adelantan Turismundo y Aecio, que consiguieron con gran esfuerzo ganar la cumbre y desde allí rechazaron fácilmente a los atacantes, merced a la situación privilegiada de la que gozaban en lo alto de la colina.

Capítulo XXXIX. Arenga de Atila a su ejército

202. Entonces Atila, al ver la confusión de su ejército como resultado de la acción anterior, pensó que debía subirles la moral e improvisó la siguiente arenga: *«Si os mantenéis en pie después de haber vencido a tantos pueblos, después de conquistar el mundo entero, considero inútil animaros con palabras como si fuerais soldados bisonos. Eso que lo haga un caudillo novato o un ejército sin experiencia. Ni es justo que yo os diga palabras trilladas ni conviene que vosotros las escuchéis.*

203. *»¿A qué otra cosa estáis acostumbrados más que a luchar? ¿Hay algo más agradable para un hombre valiente que vengarse con sus propias manos? Es un gran don de la naturaleza el poder saciar nuestras almas con la venganza.*

⁴⁰Año 451.

204. *»Ataquemos, pues, con coraje al enemigo. Los que deciden lanzarse a la lucha son siempre los más audaces. Despreciad a los pueblos dispares que se unen para luchar juntos; aliarse para defenderse es un síntoma de miedo. Ved cómo están ya muertos de terror incluso antes de vuestro ataque y por eso se suben a las alturas. Se arrepienten tarde, en el campo de batalla, y buscan desesperados lugares altos y fortificados para resguardarse. Ya sabéis bien qué poco resistentes son las armas romanas. Aguantan difícilmente, no digo ya la primera herida, sino incluso la primera polvareda que se levanta cuando se ponen en orden de batalla o preparan su formación en tortuga.*

205. *»Vosotros pelead con el arrojo que acostumbráis y, despreciando sus ejércitos, arrojaos sobre los alanos y arremeted contra los visigodos. Tendremos que conseguir una rápida victoria allí donde se resuelve la guerra: los miembros del cuerpo se debilitan rápidamente cuando se cortan los nervios y un cuerpo al que se le quitan los huesos no es capaz de mantenerse en pie. Levantad los ánimos y que resurja vuestra furia habitual. Hunos, servios ahora de vuestra inteligencia y de vuestras armas; que el herido en combate reclame la muerte del adversario y que el que está ileso se sacie degollando a los enemigos. A los que han de vivir no los alcanza flecha alguna, a los que han de morir los hados los hacen perecer incluso en tiempo de paz.*

206. *»Para terminar: ¿Por qué iba a haber convertido la fortuna a los hunos en triunfadores sobre tantos pueblos si no les hubiese reservado también la alegría de vencer en este combate? ¿Y quién abrió finalmente a nuestros antepasados el camino de la laguna Meótida que había permanecido durante tantos siglos cerrado y secreto? ¿Quién hacía incluso que hombres armados fueran derrotados por otros inermes? Un grupo de gentes unidas artificialmente no podía resistir la presencia de los hunos. No me equivoco sobre el desenlace de los acontecimientos. Este campo de batalla es el que nos han vaticinado tantos éxitos anteriores. Seré el primero en lanzar mis flechas contra el enemigo. Si hay alguien que se quede quieto mientras Atila lucha, que se dé por enterrado.»* Enardecidos con estas palabras, todos se lanzaron al combate.

Capítulo XL. Muerte de Teodoro y derrota de Atila

207. Aunque la situación generaba un gran temor, sin embargo, la presencia del rey hacía que desapareciera la vacilación de sus hombres. Se entabla combate cuerpo a cuerpo. La batalla es atroz, confusa, cruel y encarnizada, totalmente distinta a cualquier otra de las que se libraron en la Antigüedad. Se cuenta que se vieron allí tales hazañas que el que se privara de contemplar este espectáculo jamás en su vida podría haber visto nada más extraordinario.

208. Pues, si damos crédito a los más ancianos, un riachuelo que corre por una pequeña ribera del citado campo vio muy aumentado su caudal con la sangre de las heridas de los que habían caído en el combate. No creció por la lluvia, como suele suceder, sino que se convirtió en torrente repleto del insólito líquido en cuenta crecida. Y aquellos que acudieron a él acuciados por la sed que les provocaban las heridas recibidas se vieron arrastrados por sus aguas sembradas de muerte. Así, compelidos por su miserable suerte, bebieron la sangre que habían derramado los heridos.

209. Entonces, el rey Teodoro, mientras pasaba revista a su ejército para infundirle valor, cayó de su caballo y fue pisoteado por los suyos, muriendo a una edad ya bastante avanzada. Pero hay quien dice que lo mató una flecha lanzada por Andagis, que pertenecía al bando de los ostrogodos que estaban a las órdenes de Atila. Éste fue el primer vaticinio que hicieron los arúspices a Atila, aunque él pensó que se trataba de Aecio.

210. Entonces los visigodos, separándose de los alanos, se lanzan contra las masas de los hunos y están a punto de matar a Atila, pero éste se percata de ello y actúa con rapidez, logrando escapar con los suyos y ocultarse en el recinto de su campamento que habían vallado con carros. Aunque esta defensa no era muy sólida, sin embargo, hallaron allí refugio para sus vidas aquellos a los que poco antes no podían contener ni las murallas más fortificadas.

211. Por lo que respecta a Turismundo, el hijo del rey Teodredo, que se había adelantado junto con Aecio a ocupar la posición elevada y había rechazado desde allí a los enemigos, cuando creía que volvía a sus propias filas en medio de la oscuridad de la noche, llega sin saberlo hasta los carros de los enemigos. Allí se vio forzado a luchar valientemente, pero alguien lo hirió en la cabeza y lo hizo caer del caballo. Sus hombres lo rescataron con gran previsión y tuvo que abandonar la lucha. También Aecio, que, separado de los suyos por la confusión de la noche, andaba errante en medio de sus enemigos temiendo que hubiera sucedido alguna desgracia a los godos, llegó finalmente al campamento de sus compañeros y pasó el resto de la noche protegido por sus escudos.

212. Al amanecer del día siguiente, cuando vieron que el campo de batalla estaba lleno de cadáveres y que los hunos no se atrevían a salir de su campamento, pensaron que la victoria era suya, porque sabían que Atila no abandonaría el combate si no sufría una gran derrota. Éste, sin embargo, parecía no hacer ningún movimiento, como si estuviera hundido en la derrota, pero hacía sonar las armas, tocar las trompetas y amenazar con un nuevo ataque (como un león acosado por los dardos que se mueve ante la boca de su cueva y no se atreve a salir, pero no deja de atemorizar las inmediaciones con sus rugidos, así este rey tan combativo, aunque asediado, seguía inquietando a sus vencedores). En esta situación los godos y los romanos se reúnen para decidir qué van a hacer con Atila ahora que lo han vencido.

213. Deciden agotarlo con un asedio, porque no le quedaban muchos víveres y porque los arqueros situados detrás de la empalizada de su campamento impedían el acceso a él con una lluvia de flechas. Se cuenta que, en esta situación desesperada, el citado rey, dando pruebas de su resolución hasta en el momento de morir, mandó que construyeran una pira con sillas de caballo, y que quería arrojar a las llamas si los adversarios lograban entrar, para que nadie pudiera alegrarse de haberlo herido ni pudiera caer en manos de los enemigos el que era señor de tan poderosos pueblos.

Capítulo XLI. Turismundo es proclamado rey

214. Pero durante esta tregua del asedio, los visigodos se dedicaron a buscar a su rey y los hijos de Teodredo a su padre, conmocionados por su desaparición en un momento tan venturoso. Después de buscarlo durante mucho tiempo, como suelen hacerlo los hombres valientes, lo encontraron entre el amasijo de cadáveres y lo honraron con sus cantos antes de llevárselo ante la mirada atenta de los enemigos. Se podían ver grupos de rudos godos con sus voces discordantes que se ocupaban de sus honras fúnebres entre los fragores de una guerra que aún continuaba. Derramaban lágrimas, pero como suelen hacerlo los hombres valientes. Se trataba de una muerte, sí, pero una muerte gloriosa, como podían atestiguar los hunos, y se podía pensar que con ella quedaba aplacada la soberbia de los enemigos, que se limitaban a contemplar cómo se trasladaba el cadáver de un rey tan poderoso con sus propias insignias.

215. Pero aún estaban los godos celebrando los funerales de Teodredo, cuando, haciendo resonar sus armas, otorgaron la dignidad real al valerosísimo príncipe Turismundo, para que prosiguiera las exequias de los gloriosos manes de su queridísimo padre como correspondía a un hijo. Cuando éstas se dieron por concluidas, movido por el dolor de su orfandad y por el impetuoso valor que lo caracterizaba, decidió vengar la muerte de su padre atacando a los hunos que aún resistían, y para ello pidió consejo al patricio Aecio, dada su mayor edad y su experiencia en tales lides, sobre lo que debía hacer en aquellas circunstancias.

216. Pero aquél, temiendo que si los hunos eran totalmente aniquilados el Imperio Romano cayera en manos de los godos, lo convence aconsejándole que volviera a sus tierras y tomara posesión del trono que le había dejado su padre, no fuera que sus hermanos se apoderaran del reino visigodo y de las riquezas de su padre y tuviera que luchar duramente con los suyos, y lo que era peor, con el riesgo de ser derrotado. Turismundo recibió esta respuesta sin darse cuenta de las segundas intenciones que encubría, sino como si fuera sólo por su propio interés y, dejando a los

hunos, se volvió a las Galias. Así es la fragilidad humana, que se deja llevar por las sospechas y deja escapar la oportunidad de llevar a cabo grandes proyectos.

217. Se cuenta, pues, que en esta famosísima batalla en la que intervinieron los pueblos más valerosos hubo ciento sesenta y cinco mil bajas entre los dos bandos, sin contar los quince mil gépidas y francos que antes del combate principal se enfrentaron durante la noche y perecieron como consecuencia de las heridas que se infligieron mutuamente, ya que los francos luchaban en el bando romano y los gépidas en el de los hunos.

218. Así pues, cuando Atila se enteró de la marcha de los godos pensó que se trataba de una trampa de los enemigos, como es lógico pensar en estos casos inesperados, y se atrincheró durante algún tiempo en su campamento. Pero al comprobar que a la retirada de los enemigos se sigue un largo silencio, su mente piensa de nuevo en la victoria, se imagina nuevos triunfos y su carácter de rey poderoso le hace pensar otra vez en su antiguo destino. Por su parte, Turismundo, tras la muerte de su padre y su proclamación real en los Campos Cataláunicos donde también él había luchado, entra en Tolosa. Aunque allí sus numerosos hermanos y los hombres poderosos del reino estaban en pleno alborozo, sin embargo, fue tan moderado en los inicios de su reinado, que no tuvo que enfrentarse a ninguno de ellos por la sucesión en el trono.

Capítulo XLII. Atila devasta Italia

219. Pero Atila, aprovechando la ocasión que le brindaba la retirada de los visigodos y viendo que sus enemigos se dividen en dos grupos como tanto había deseado, se siente de nuevo seguro y prepara inmediatamente su ejército para aplastar a los romanos. En su primer ataque asedia la ciudad de Aquilea, que es una metrópoli del Véneto situada en el extremo de la lengua de tierra del golfo Adriático y cuyas murallas baña el río Natisone, que corre desde el monte Picis.

220. Después de sitiarla una larga temporada sin conseguir que se rindiera, porque dentro resistían los más esforzados soldados romanos, sus tropas, que deseaban ya marcharse, comenzaban a mostrarse descontentas. Entonces Atila, que mientras camina cerca de las murallas pensando si levantaría el campamento o se quedaría un poco más allí, observa unas aves blancas, unas cigüeñas de esas que hacen sus nidos en los tejados de las casas, que estaban sacando a sus crías fuera de la ciudad y las trasladan al campo en contra de su costumbre.

221. Y como era un observador muy sagaz, tuvo un presentimiento y dijo a los suyos: *«Mirad, las aves, que intuyen lo que va a suceder, abandonan la ciudad que está destinada a perecer y se marchan de la fortaleza ante el peligro que se avecina. No creáis que se trata de un hecho insignificante o inseguro: el miedo al futuro cambia las costumbres de los que saben de antemano lo que va a suceder.»* ¿Para qué voy a decir más? De nuevo enardece los ánimos de los suyos para atacar Aquilea. Construyen todo tipo de artefactos y máquinas de guerra y las utilizan para irrumpir en la ciudad sin demora; la saquean, se reparten el botín y la arrasan tan cruelmente que apenas dejan señales de que había existido.

222. A partir de este momento los hunos se volvieron más audaces y, no saciados aún con la sangre romana, desatan su furia por las otras ciudades del Véneto. Devastan también con la misma saña Milán, metrópoli de Liguria y en otro tiempo ciudad real, y no dejan de condenar a Pavía a la misma suerte. Asolan con crueldad los lugares cercanos y convierten en ruinas casi toda Italia. Pero, aunque Atila había tenido intención de dirigirse a Roma, los suyos, como cuenta el historiador Prisco, lo hicieron desistir de su empeño, no porque miraran por una ciudad de la que eran enemigos, sino porque temían por la suerte de su rey, poniéndole como ejemplo el caso del antiguo rey visigodo Alarico, que no había sobrevivido mucho a la destrucción de Roma, sino que inmediatamente después abandonó los asuntos de este mundo.

223. Así pues, mientras su espíritu estaba vacilante sobre si debía ir o no y se retrasaba en tomar una decisión, le llegó una grata embajada de Roma. Efectivamente, el papa León en persona le sale al encuentro en el Campo Ambuleyo, en la región del Véneto por donde atraviesa el río

Mincio gran cantidad de mercaderes. Atila apaciguó el furor de su ejército y, después de prometer la paz, se marchó de nuevo a sus territorios de más allá del Danubio, desde donde había venido, no sin antes proclamar ante todos su amenaza de causar aún mayores estragos en Italia si el emperador Valentiniano no le enviaba allí a su hermana Honoria, la hija de Placidia Augusta, con la parte de los bienes imperiales que le correspondían.

224. Se contaba que esta Honoria, estando obligada a permanecer encerrada por orden de su hermano para guardar la castidad que exigía el decoro de la corte, había enviado en secreto un eunuco a Atila para comunicarle que se ponía a su disposición para enfrentarse a su hermano. Fue sin duda un acto absolutamente infame, porque pretendía comprar la libertad de dar rienda suelta a sus pasiones a costa de la desgracia de su pueblo.

Capítulo XLIII. Muerte de Turismundo

225 De regreso a sus tierras, como si se arrepintiese de estar inactivo y no pudiese soportar el haberse olvidado de la guerra, envió legados al emperador de Oriente Marciano, asegurándole que arrasaría sus provincias y que se mostraría más cruel de lo acostumbrado con sus enemigos porque no había recibido todavía nada de lo que le había prometido antaño el emperador Teodosio. Sin embargo, como era taimado y astuto, actuaba de la siguiente manera amenazaba con atacar en un lugar y lo hacía en otro.

226. De modo que lanzó contra los visigodos lo que le quedaba de rabia, pero no tuvo tan buen resultado como con los romanos. Escogió esta vez una ruta diferente a la de ocasiones anteriores, porque había decidido incorporar a sus dominios el territorio de los alanos situado al otro lado del Loira, para que al volcar sobre ellos el fuego de la guerra su figura pareciera aún más terrible. Así que, tras salir de las provincias de Dacia y Panonia, en las que se asentaban por entonces los hunos junto con otros pueblos sometidos a ellos, se dispuso a atacar a los alanos.

227 Pero el rey visigodo Turismundo, intuyendo la trampa con una sutileza en nada inferior a la de Atila, se apresura a llegar antes que él al territorio de los alanos y allí se prepara para salirle al encuentro cuando llegara. Entablan combate y casi de idéntico modo a como lo había hecho ya antes en los Campos Cataláunicos, le hizo perder la esperanza de conseguir la victoria, puso en fuga a su ejército, le hizo retirarse sin ningún triunfo de sus territorios y lo obligó a refugiarse en los suyos propios. De este modo, el tristemente famoso Atila, que había logrado tantas victorias, precisamente cuando pretendía borrar el recuerdo de la derrota que le habían infligido antes los visigodos, obtuvo otra semejante y tuvo que retirarse avergonzado.

228 Por su parte, Turismundo, una vez que las oleadas de hunos fueron rechazadas por los alanos, se volvió a Tolosa sin haber sufrido pérdidas en su ejército. Allí vivió tranquilo y disfrutando de la paz que había conseguido para su pueblo hasta que, en el tercer año de su reinado, se puso enfermo. Mientras le estaban practicando una sangría, su cliente Ascalco, que estaba denunciándole una conspiración contra su persona, aprovechó para quitarle sus armas y asesinarlo. Pudo no obstante vengar su propia sangre matando a algunos de los conspiradores con un escabel que cogió con la única mano que tenía libre.

Capítulo XLIV. Los suevos se apoderan de parte de Hispania

229. Después de su muerte lo sucedió en el trono de los visigodos su hermano Teodoredo, que pronto tuvo como enemigo a su cuñado el rey suevo Riciario. En efecto, este Riciario, amparándose en su parentesco con Teodoredo, creyó que podía apoderarse de casi toda Hispania y consideró que el principio de su reinado, aún poco afianzado, era el momento oportuno para intentar su ocupación clandestina.

230. Los suevos estaban asentados anteriormente en Galicia y Lusitania, regiones que se extienden por el lado derecho de Hispania a lo largo de la costa del Océano y están limitadas al este

por Autrigonia al oeste por el monumento dedicado al general romano Escipión situado en un promontorio, y al sur por Lusitania y el río Tajo, que arrastra grandes riquezas entre su despreciable limo y en cuyas arenas lleva mezclado metal de oro. De allí, pues, sale Riciario, rey de los suevos, para tratar de adueñarse de todas las tierras de Hispania.

231. Su cuñado Teodoredo, como era moderado, le envió legados para decirle en buenos términos no sólo que se retirara de territorios que no eran suyos, sino que se abstuviera de pretenderlos, porque tal ambición le acarrearía su enemistad. Pero aquél le respondió henchido de orgullo: «*Si protestas y te quejas de que haya venido aquí, iré a Tolosa donde tú estás. Detenme allí si puedes.*» A Teodoredo le sentó mal escuchar esta respuesta, hizo la paz con los demás pueblos y dirigió su ejército contra los suevos con la ayuda de los reyes de los burgundios, Gundiuco e Hilperico, que le eran leales.

232. Se trabó combate junto al río Órbigo, que discurre entre Astorga e Iberia⁴¹, y terminada la batalla resultó vencedor Teodoredo con los visigodos, que luchaban por una causa justa, mientras que casi todo el pueblo de los suevos pereció aniquilado. Su rey Riciario se rindió ante su odiado enemigo y se embarcó en un navío con intención de huir, pero una tempestad adversa que se desencadenó en el Mar Tirreno⁴² lo puso de nuevo en manos de los visigodos. Y es que un miserable no logra escapar por mucho que cambie de medio.

233. Por su parte, Teodoredo perdonó a los vencidos tras obtener la victoria, no permitió crueldades después de la batalla y puso al frente de los suevos a un cliente suyo llamado Aquivulfo. Pero al poco tiempo éste se dejó convencer por los suevos y se convirtió en traidor, negándose a cumplir las órdenes que se le daban. Actuando con una soberbia más bien propia de un tirano, creía que le correspondía esa provincia por el valor demostrado en su conquista junto a su señor. Este hombre pertenecía por nacimiento al ilustre linaje de los Varnos, muy lejano a la nobleza de sangre goda y por ello no apreciaba mucho la libertad ni podía mantenerse leal a su patrón.

234. Cuando Teodoredo tuvo noticia de esto, envió inmediatamente a sus tropas contra él para que lo expulsaran del reino que había invadido. Éstas llegaron sin tardanza y lo vencieron en el primer combate, cobrándose la venganza que correspondía a sus acciones. En efecto, capturado y privado de la ayuda de los suyos, fue condenado a muerte y pudo comprobar finalmente cuánto había irritado a su indulgente amo, al que había creído menospreciar. Entonces los suevos, viendo morir a su jefe, enviaron a los sacerdotes de su tierra ante Teodoredo para implorarle clemencia. Éste los recibió con el respeto que merecía su condición sacerdotal y no sólo otorgó su perdón a los suevos, sino que, movido por la piedad, les permitió que eligieran un príncipe de su raza. Así lo hicieron los suevos y proclamaron régulo suyo a Rimismundo. Después de llevar a cabo estas hazañas y de instaurar la paz en todos sus territorios, murió Teodoredo en el décimo tercer año de su reinado.

Capítulo XLV. Reinado de Eurico. Últimos emperadores romanos

235. Su hermano Eurico fue objeto de graves sospechas por su apresurado deseo de sucederlo. Y mientras estos y otros sucesos tenían lugar entre los visigodos, el emperador Valentiniano fue asesinado a traición por Máximo, y este Máximo ocupó el trono como un usurpador. Cuando se enteró de esto Giserico, rey de los vándalos, marchó con una flota desde África hasta Italia, entró en Roma y la asoló. Máximo, por su parte, fue asesinado en su huida por un soldado romano llamado Urso.

236. Después de éste, por orden de Marciano, el emperador de Oriente, recibió el encargo de gobernar el Imperio de Occidente Mayoriano, pero no reinó mucho tiempo, porque cuando dirigía

⁴¹ «Iberia» no designa en este caso el conjunto de la Península Ibérica, como suele ser habitual, sino sólo su zona noroccidental, que comprendía las regiones de Galicia y Cantabria. (Nota del editor)

⁴² Evidentemente se trata de una nueva confusión de Jordanes, puesto que se trata del océano Atlántico. Como confirma también Idacio en el mismo pasaje, Riciario fue hecho prisionero en un lugar llamado «Portumcale», es decir, la actual Oporto. (Nota del editor)

su ejército contra los alanos que devastaban las Galias murió en Tortona, junto al río que se conoce como Hira. Severo ocupó su lugar y murió en Roma en el tercer año de su reinado. Viendo esto, el emperador León, que había sucedido en el Imperio de Oriente a Marciano, escogió a su patricio Antemio y lo nombró emperador de Roma. Tan pronto como llegó a Roma envió contra los alanos a su yerno Ricimero, un hombre destacado y probablemente el único por entonces en Italia capaz de dirigir un ejército. Éste venció inmediatamente a las turbas de los alanos y a su rey Beorgo ya desde el primer combate y consiguió aniquilarlos totalmente.

237. Así pues, el rey visigodo Eurico, viendo que los emperadores romanos se sucedían unos a otros con tanta rapidez, intentó someter las Galias a su propio dominio. Cuando se puso al corriente de ello el emperador Antemio, pidió ayuda a los bretones, cuyo rey Riotimo acudió a la ciudad de Bourges con doce mil hombres y allí fue acogido después de desembarcar de sus navios salidos del Océano.

238. El rey visigodo Eurico acudió a su encuentro a la cabeza de un numeroso ejército y, después de combatir durante bastante tiempo contra el rey bretón Riotimo, hizo que se retirara antes de que los romanos pudieran reunirse con él. Éste, después de perder una gran parte de su ejército, huyó con los que pudo al vecino territorio de los burgundios, que estaban a la sazón federados con los romanos. Por su parte, el rey visigodo Eurico ocupó la ciudad de Arverna cuando el emperador Antemio ya había fallecido, después de haber asolado la Romania con una guerra civil contra su yerno Ricimero y de dejar el trono a Olibrio, al morir a manos de este mismo yerno.

239. Por este tiempo murió en Constantinopla Aspar, primer patricio y esclarecido noble godo, junto con sus hijos Ardaburo y Patriciolo (el primero había sido en otro tiempo patricio y el segundo había recibido el título de César y era yerno del emperador León) después de resultar herido en su propio palacio por las espadas de unos eunucos. No habían transcurrido todavía ocho meses desde su ascensión al trono, cuando falleció también Olibrio y Glicerio fue proclamado César en Ravena, más por usurpación que por elección. Cuando no había pasado un año de esto, Nepote, hijo de una hermana del antiguo patricio Marcelino, lo depuso de su cargo y lo hizo obispo en el puerto de Roma.

240. Observando Eurico tantos cambios y vicisitudes, ocupó la ciudad de Arverna, como dijimos anteriormente. Estaba entonces al frente de la ciudad el general romano Ecdicio, senador de la más rancia nobleza e hijo del antiguo emperador Avito, que había ocupado el trono tan sólo durante unos cuantos días (pues éste, después de ocupar el poder unos cuantos días antes de Olibrio, se retiró voluntariamente a Piacenza, donde fue ordenado obispo). De modo que su hijo Ecdicio, después de luchar durante bastante tiempo contra los visigodos y no lograr imponerse a ellos, abandonó su patria, y sobre todo la ciudad de Arverna, al enemigo y se retiró a lugares más seguros.

241. Al enterarse de esto, el emperador Nepote ordenó a Ecdicio que abandonara las Galias y que se presentara ante él, poniendo en su puesto a Orestes, maestro de la milicia. Este Orestes tomó el mando del ejército y salió de Roma para enfrentarse a los enemigos. Llegó a Ravena, se estableció allí y proclamó emperador a su hijo Augustulo⁴³. Al saberlo Nepote, huyó a las Dalmacias y murió allí privado de su reino, precisamente en la misma región en la que el antiguo emperador Glicerio ocupaba el obispado de Salona.

Capítulo XLVI. Odoacro depone a Rómulo Augústulo

242. Pero al poco tiempo de ser nombrado emperador Augústulo en Ravena por su padre Orestes, Odoacro, rey de los torcilingos, que tenía con él a los esciros, los hérulos y a otras tropas auxiliares de distintos pueblos, invadió Italia y tras matar a Orestes expulsó del trono a su hijo Augústulo y lo condenó al exilio en la fortaleza de Lúculo en Campania.⁴⁴ De este modo el Imperio

⁴³ Orestes había sido anteriormente secretario de Atila. De acuerdo con sus soldados decidió proclamar emperador a su hijo Romulo Augustulo el 31 de octubre del 475. (Nota del editor)

⁴⁴ Odoacro era hijo de un jefe esciro y jefe de un importante contingente de esciros, hérulos y otros pueblos bárbaros que lo eligieron rey el 23 de agosto del 476. Nunca llegó a proclamarse emperador, ni asumió la purpura ni las insignias

Romano de Occidente, que comenzó a existir con Octaviano Augusto, el primer emperador, setecientos nueve años después de la fundación de Roma, llegó a su fin con este Augústulo quinientos veintidós años después de que sus predecesores gobernarán el Imperio. Desde entonces Roma e Italia estuvieron regidas por monarcas godos.

243 Entretanto Odoacro, rey de muchos pueblos, subyugó Italia hasta tal punto que infundió su terror a los romanos. Nada más comenzar su reinado asesinó al conde Bracila cerca de Ravena y se afianzó en el trono durante trece años hasta el surgimiento de Teodonco, del que hablaremos en los siguientes capítulos.

Capítulo XLVII. Muerte de Eurico y proclamación de Alarico II

244. Pero volvamos entretanto al punto en el que nos habíamos apartado del hilo de nuestro relato para explicar cómo el rey visigodo Eurico, viendo que el Imperio Romano se tambaleaba, sometió a su autoridad las ciudades de Arles y Marsella. Pues bien, el rey vándalo Giserico lo incitó mediante regalos a llevar a cabo estas acciones para prevenirse de las asechanzas que habían tramado contra él León y Zenón. Se las arregló así para que los ostrogodos devastaran el Imperio de Oriente y los visigodos el de Occidente mientras que él, por su parte, reinaba tranquilo en África viendo cómo ambos imperios tenían que enfrentarse con sus enemigos. Eurico aceptaba de buen grado esta situación y, después de tener bajo su autoridad los territorios de las Galias y de Hispania, sometió también a los burgundios y perdió la vida cuando residía en Arles en el décimo noveno año de su reinado.

245. Lo sucedió su propio hijo Alarico, que fue el noveno en subir al trono de los visigodos después del famoso Alarico el Grande. Pues, como se sabe, sucedió con los Alaricos lo mismo que con los Augustos de los que hablamos antes. Y es que muchas veces los reinos terminan con un príncipe que tiene el mismo nombre que el que lo inició. Pero dejemos esto de lado por el momento y expliquemos el origen completo de los godos como lo habíamos prometido.

imperiales (cfr Casiodoro, *uar*, 1303) y destierro a Rómulo Augústulo a una magnífica villa cercana a Nápoles con una pensión de seis mil libras de oro. (Nota del editor)

Tercera parte: LOS OSTROGODOS

Capítulo XLVIII. Los ostrogodos sometidos a los hunos

246. Puesto que ya he contado lo mejor que he podido, siguiendo los testimonios de los Antiguos, la historia de los visigodos y de los ostrogodos mientras estuvieron unidos, y he continuado contando las gestas de los visigodos desde que se separaron de los ostrogodos hasta su fin, se hace necesario ahora volver de nuevo a su antiguo asentamiento de Escitia y exponer de igual modo la genealogía y las hazañas de los ostrogodos. Se sabe que éstos, a la muerte del rey Hermanarico, separados ya de los visigodos, se quedaron en su propia patria sometidos al poder de los hunos, aunque el Amalo Vinitario conservó las insignias de su poder real.

247. Éste igualaba en valor a su abuelo Vultulfo, aunque fue menos afortunado que Hermanarico, pero no podía soportar estar sometido a la autoridad de los hunos y poco a poco se fue apartando de ellos. En un intento de demostrar su valor atacó con su ejército el territorio de los antes. En el curso de este enfrentamiento fue derrotado en el primer combate, pero luego actuó con arrojo y mandó crucificar a su rey, llamado Boz, junto con sus hijos y setenta de sus caudillos, para que los cadáveres de los crucificados inspiraran miedo en los que se habían rendido y les sirvieran de pavoroso escarmiento.

248. Pero después de gobernar con toda libertad durante un período de casi un año, el rey huno Balamber no se lo permitió más. Hizo venir a su presencia a Gesimundo, hijo de Hunimundo el Grande, que permanecía sometido a la autoridad de los hunos en virtud de un juramento de fidelidad, con gran parte de los godos, renovó su pacto con él y dirigió su ejército contra Vinitario. La lucha duró bastante tiempo. En el primer y segundo combates venció Vinitario y nadie es capaz de recordar la carnicería que hizo Vinitario en el ejército de los hunos.

249. Sin embargo, en la tercera batalla, cuando ambos se encontraron frente a frente junto al río Erac, Balamber lanzó por sorpresa una flecha a Vinitario, que lo hirió en la cabeza y lo mató. Entonces se unió en matrimonio con su nieta Valdamarica y pudo gobernar en paz a todo el pueblo godo, de modo que los godos tuvieron siempre un monarca propio, aunque gobernara bajo la autoridad de los hunos.

250. Vinitario murió al poco tiempo y entonces los gobernó Hunimundo, hijo del antiguo y muy valeroso rey Hermananeo. Éste era un guerrero consumado y de una belleza física impresionante, y luchó más tarde con éxito contra el pueblo de los suevos. Cuando falleció le sucedió su hijo Turismundo, que estaba en la flor de la juventud. En el segundo año de su reinado condujo su ejército contra los gépidas y, después de obtener sobre ellos una gran victoria, se dice que murió como consecuencia de una caída de su caballo.

251. Cuando falleció, fue tan llorado por los ostrogodos que por espacio de cuarenta años ningún otro rey ocupó su lugar, y su recuerdo se mantuvo imborrable en sus mentes y en sus conversaciones hasta que Valamiro, que era hijo de su primo Vandalario, pudo reparar la pérdida de aquel gran hombre. Y esto fue así porque su hijo Berimundo, como hemos dicho más arriba, despreciando al pueblo ostrogodo por dejarse someter por los hunos, se había dirigido a las tierras de occidente siguiendo al pueblo visigodo. De él nació Viterico, que tuvo un hijo llamado Eutarico. Éste se casó con Amalasunta, hija de Teodorico (uniendo de este modo la estirpe de los Ámalos, que estaba entonces dividida) y engendró a Atalarico y Matesuenta. Pero como Atalarico murió siendo aún un niño, Matesuenta fue llevada a Constantinopla, donde tuvo un hijo póstumo con su segundo marido, un primo del emperador Justiniano llamado Germano, y le puso de nombre también Germano.

252. Pero para seguir el orden con el que comenzamos hemos de volver a la descendencia de Vandalario, que estaba formada por tres vástagos. Pues, en efecto, este Vandalario, sobrino de Hermanarico y primo del mencionado Turismundo, alcanzó la gloria por haber engendrado tres hijos de estirpe ámala: Valamiro, Teodomiro y Vidimiro. De éstos subió al trono Valamiro como

sucesor de sus padres, cuando todavía los hunos los tenían bajo su dominio junto con los otros pueblos. **253.** Estos tres hermanos se tributaban por entonces una cariñosa estima, ya que Teodomiro luchaba admirablemente por defender el trono de su hermano, mientras que Valamiro, por su parte, mandaba que se le colmara de honores y Vidimiro se complacía en estar al servicio de sus hermanos. Así se protegían unos a otros con afecto mutuo y todos eran en cierto modo reyes porque todos gobernaban en paz. Sin embargo, ejercían su poder, como se ha dicho varias veces, como siervos de la autoridad de Atila, rey de los hunos, y por ello no pudieron negarse a luchar contra sus parientes visigodos, porque lo que manda el voluntad del amo hay que cumplirlo, aunque sea un parricidio. Además, tampoco ningún otro pueblo escita pudo liberarse del dominio de los hunos hasta que le sobrevino la muerte a Atila, una muerte que era deseada por los demás pueblos tanto como por los romanos, y que fue tan despreciable como admirable había sido su vida.

Capítulo XLIX. Muerte y funerales de Atila

254. En el momento de su muerte, Atila, según cuenta el historiador Prisco, acababa de unirse en matrimonio con una joven muy hermosa llamada Ildico, después de haber tenido ya innumerables esposas, como es costumbre entre los de su raza. Durante el banquete de bodas se puso excesivamente contento y, abrumado por la somnolencia que le producía el vino, se fue a la cama y se quedó dormido boca arriba. Entonces la sangre que solía brotarle por la nariz en abundancia no pudo salir por su conducto habitual y, tomando una dirección fatal, se le introdujo por la garganta y lo ahogó. Así fue como este rey, que había conseguido la victoria en tantas batallas, tuvo un final vergonzoso y pereció víctima de su propia borrachera. Al día siguiente, como había transcurrido ya una gran parte de la jornada, los sirvientes reales, sospechando que le había ocurrido alguna desgracia, fuerzan las puertas de su estancia y descubren a Atila muerto a causa del brote de sangre, sin ninguna otra herida, y a su joven esposa llorando a su lado cubierta por un velo.

255. Entonces, según la costumbre de aquel pueblo, se arrancaron parte de sus cabellos y desfiguraron sus horrendos rostros con profundas heridas, para que este eximió guerrero no fuera llorado con lamentos y lágrimas femeniles, sino con la sangre de sus hombres. En relación con esta muerte sucedió también un hecho prodigioso: a Marciano, el emperador de Oriente, que estaba preocupado por un enemigo tan despiadado, se le apareció en sueños la divinidad y le mostró el arco de Atila roto, precisamente el arma de la que estaban tan orgullosos los hunos. El historiador Prisco asegura que puede probarlo con testimonios verídicos. Y es que Atila se había hecho tan temible para los grandes imperios que hasta las divinidades parecían querer anunciar su muerte a los reyes como si se tratara de un regalo.

256. No queremos pasar por alto algunas de las muchas cosas que podrían contarse sobre el modo en el que sus manes fueron honrados por su pueblo. Después de colocar su cadáver en medio del campo, en el interior de una tienda de seda, lo exhiben solemnemente para que sea contemplado como un espectáculo, pues los jinetes más selectos del pueblo de los hunos corrían alrededor del lugar en el que estaba colocado el cadáver como en las carreras circenses y narraban sus hazañas con el siguiente canto fúnebre: *«Éste es Atila, que tuvo por padre a Mundiuco, el más grande de los reyes de los hunos, señor de los pueblos más valerosos, que fue el único que gobernó los reinos de Escitia y Germania con un poderío hasta él jamás conocido. Él fue quien aterrorizó a los imperios del orbe romano, el que conquistó parte de sus ciudades y para no saquear las demás aceptó que le pagaran un tributo anual, conmovido por sus súplicas. Y después de haber realizado todas estas hazañas bajo el signo de la fortuna, murió no por las heridas de los enemigos, ni por traición de los suyos, sino alegre y sin sufrimiento, en medio de la felicidad de su pueblo; ¿quién puede entonces creer que sea ésta una muerte, si nadie piensa que hay que vengarla?»*

258. Después de haberlo llorado con tales lamentos celebran sobre su tumba un fastuoso banquete que ellos denominan «estrava», en el que se mezclan alternativamente sentimientos contrarios y unen el regocijo al duelo de los funerales. Por la noche enterraron en secreto el cadáver

en tres ataúdes, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro, dando a entender que estos tres metales eran apropiados para un rey tan poderoso; el hierro porque había sometido a tantos pueblos por las armas, y el oro y la plata porque los había recibido como tributo de ambos Imperios. Añaden también las armas tomadas a los enemigos que derrotó y los valiosísimos jaeces y corazas en las que brillaban distintas piedras preciosas, así como varios tipos de adornos que suelen decorar los palacios reales. Además, para proteger tan inmensas riquezas de la curiosidad humana, degollaron a los encargados de realizar este trabajo –execrable paga por sus servicios– y así una muerte fulminante unió a enterradores y enterrado.

Capítulo L. Los ostrogodos se liberan del yugo de los hunos

259. Acabados los ritos fúnebres surgió una disputa por el trono entre los sucesores de Atila, como suele suceder cuando se exaltan los ánimos de los jóvenes por la ambición de poder. Y mientras todos deseaban irreflexivamente gobernar, todos perdieron al mismo tiempo el poder. Y es que a menudo es más gravosa para los reinos la abundancia que la escasez de sucesores. Pues los hijos de Atila, que eran casi un pueblo debido a su gran desenfreno sexual, exigían que sus pueblos fueran divididos a partes iguales por sorteo como si se tratara de una herencia familiar, echando así a suertes a los pueblos con sus combativos monarcas.

260. Cuando se enteró de esto Ardarico, rey de los gépidas, se indignó de que tantos pueblos fueran reducidos a la condición de despreciables esclavos y se levantó el primero contra los hijos de Atila. Con el éxito de su revuelta borró la vergüenza de la servidumbre a la que había estado sometido e incitó a levantarse no sólo a su pueblo, sino a todos los demás que estaban igualmente oprimidos, porque todo el mundo desea de buen grado conseguir lo que se emprende por el bien de todos.

261. Se arman, pues, ambos bandos para una guerra sin cuartel y se enfrentan en Panonia, junto al río llamado Nedao. Allí tiene lugar el enfrentamiento de varios pueblos que habían estado sometidos al poder de Atila. Los reinos y los pueblos se dividen y de un solo cuerpo surgen diversos miembros que no obedecen a una misma voluntad, sino que una vez cortada la cabeza enloquecen unos contra otros. Estos pueblos valerosísimos no habrían encontrado nunca enemigos de su talla si no se hubieran destrozado a sí mismos infligiéndose heridas mutuas. Pues considero que fue un espectáculo digno de admiración contemplar al godo luchando con sus lanzas, al gépida enfurecido con su espada, al rugo romper los dardos en sus propias heridas, al suevo que se jactaba de sus hondas y al huno de sus flechas, al alano formando su ejército de armadura pesada y al hérulo el suyo de armadura ligera.

262. Pues bien, tras muchos y encarnizados enfrentamientos, la victoria favoreció inesperadamente a los gépidas, ya que casi treinta mil combatientes hunos y de otras naciones que les prestaban ayuda perecieron bajo la espada de Ardarico y de sus aliados. En este combate muere Ellac, el hijo mayor de Atila, a quien se decía que su padre estimaba por encima de los demás, hasta el punto de haberlo elegido entre su numerosa y variada prole para sucederlo. Pero la fortuna no estuvo de acuerdo con el deseo de su padre, pues, en efecto, se sabe que tras derrotar en numerosas ocasiones al enemigo, murió tan valientemente que su padre, si hubiese estado vivo todavía, habría deseado para él un final tan glorioso. Por lo que respecta a sus otros hermanos, después de su muerte huyen a las riberas del Mar del Ponto, donde estuvieron asentados al principio los godos, como hemos explicado.

263. Así fue como cayeron derrotados los hunos ante quienes se pensaba que debía rendirse la Humanidad entera. Hasta tal punto es peligrosa la discordia que, una vez divididos, se desmoronaron los que inspiraban terror cuando mantenían unidas sus fuerzas. Esta hazaña de Ardarico trajo la felicidad a los diferentes pueblos que estaban sometidos como siervos al poder de los hunos en contra de su voluntad, e hizo que sus ánimos, que habían estado sumidos en la tristeza durante tanto tiempo, se levantaran con la alegría de la ansiada libertad. Muchos de ellos enviaron

sus embajadores al emperador Marciano, fueron recibidos con agrado en el territorio romano y recibieron las tierras que se les repartieron para que se asentaran. Porque los gépidas, reivindicando por la fuerza, las tierras de los hunos, se apoderaron como vencedores de todos los territorios de Dacia. Estos hombres esforzados firmaron un pacto amistoso con el Imperio Romano y no le pidieron otra cosa que la paz y una contribución anual. El emperador accedió entonces de buen grado a su petición, y este pueblo recibe hasta nuestros días el tributo acostumbrado del emperador romano.

264. Los godos, por su parte, viendo que los gépidas se apropiaban de las tierras de los hunos y que el pueblo huno volvía a sus antiguos asentamientos, prefirieron solicitar unos nuevos territorios al Imperio Romano, antes que enfrentarse a otros pueblos e invadir tierras ajenas. De este modo recibieron Panonia, que se extiende a lo largo de una gran llanura y limita al este con Mesia Superior, al sur con Dalmacia, al oeste con el Nórico y al norte con el Danubio. En esta región se encuentran muchas ciudades importantes, de las cuales la primera es Sirmio y la última Viena.

265. Por su parte, los saurómatas, a los que denominamos sármatas, los cemandros y algunos hunos, ocuparon las tierras que se les concedieron en una región del Ilírico junto a la ciudad de Castramartena. A este pueblo perteneció Blivila, caudillo de Pentápolis, así como su hermano Froila y nuestro contemporáneo el patricio Blesa. Los esciros, los sardagarios y algunos alanos, con su jefe llamado Candac, recibieron Escitia Menor y la Mesia Inferior. De este Candac fue notario Paria, el padre de mi progenitor Alanoviamut, o sea, mi abuelo, mientras Candac vivió. También yo, Jordanes, aunque no era muy docto, trabajé como notario antes de mi conversión para Guntigis, hijo de la hermana de Candac, a quien también llamaban Baza y era maestro de la milicia, hijo de Andagis, que era, a su vez, hijo de Ándela y descendiente de la estirpe de los Ámalos.

266. En cuanto a los rugos y algunos otros pueblos, se dirigieron a Bizis y a Arcadiópolis para establecerse allí. También Hernac, el hijo menor de Atila, decidió vivir con los suyos en las tierras más alejadas de Escitia Menor. Sus parientes Emnedzuro y Ultzinduro se apoderaron de Uto, Oesco y Almo en la Dacia Ripuaria, y muchos hunos se expandieron por todas partes en el territorio de la Romania. De éstos proceden los que son llamados incluso hoy día sacromontisos y fosatisios.

Capítulo LI. El obispo Ulfila

267. Lo cierto es que existían también otros godos llamados «menores». Formaban un pueblo muy numeroso que tenía como obispo y también como jefe a Ulfila⁴⁵, de quien se dice que les había enseñado la escritura. Hoy viven en la región de Nicópolis, en Mesia, al pie del monte Hemo. Son un pueblo numeroso, aunque pobre y pacífico, y no disponen de nada en abundancia, salvo de rebaños de diversos tipos de ganado, pastos y bosques ricos en madera. Su tierra es poco fértil para cereales, pero productiva para otros cultivos. Algunos de ellos no conocen las viñas, ni siquiera que existen en otras partes, y se ven obligados a importar el vino de los lugares vecinos, pues la mayoría se alimenta de leche.

Capítulo LII. Nacimiento e infancia de Teodorico

268. Volvamos, pues, al pueblo del que estamos tratando, es decir, a los ostrogodos que habitaban en Panonia bajo su rey Valamiro y sus hermanos Teodomiro y Vidimiro. Aunque estaban separados geográficamente (pues Valamiro vivía entre los ríos Escarniunga y Acuanigra, Teodomiro junto al lago Pelso y Vidimiro entre ambos hermanos), sin embargo, estaban unidos en sus decisiones. Ocurrió entonces que los hijos de Atila atacaron a los godos, con el pretexto de que habían escapado de su amo, como si anduvieran buscando esclavos fugitivos. Se lanzaron solamente contra Valamiro, sin que se enteraran los otros hermanos.

⁴⁵ C. 311-381.

269. Éste les hizo frente, aunque tenía escasas tropas, y después de acometerlos durante bastante tiempo, les infligió tal derrota que sólo unos pocos de sus enemigos pudieron huir hacia el territorio de Escitia surcado por las aguas del río Danapro que los hunos llaman en su lengua Var. Justo en ese momento envió un mensajero a su hermano Teodomiro para darle la buena noticia, pero el mismo día que llegó el mensajero se encontró con una noticia aún más feliz en casa de Teodomiro, pues precisamente ese mismo día acababa de nacer su hijo Teodorico, que aunque fuera hijo de una concubina llamada Erelieva, era, sin embargo, un niño en el que se habían depositado grandes esperanzas.

270. Así que, no mucho tiempo después, como se retrasaban en llegar las contribuciones del emperador Marciano, que recibían como garantía para el mantenimiento del tratado de paz, el rey Valamiro junto con sus hermanos Teodomiro y Vidimiro, envían una embajada al emperador y se enteran de que Teodorico, el hijo de Triario –que aunque era de raza goda procedía de una rama distinta de la de los Ámalos–, recibía sus contribuciones anuales y de que vivía prósperamente con su pueblo, disfrutando de la amistad de los romanos, mientras que ellos recibían sólo su menosprecio.

271. Los invade de inmediato la furia y toman las armas, arrasando casi todo el Ilírico y sometiéndolo al pillaje. Pero al instante el emperador cambia de parecer y, tornando a su antigua amistad, les envía una legación para entregarles tanto los tributos prometidos en el pasado como los actuales, y se compromete a seguir entregándoselos en el futuro sin ningún inconveniente. Recibió a cambio, como garantía de la paz, al pequeño Teodorico, el hijo de Teodomiro del que hablamos antes. Éste había superado ya los siete años y acababa de cumplir los ocho. Como su padre dudaba en entregarlo, su tío Valamiro le suplicó que lo hiciera, sólo para que siguiera existiendo una paz sólida entre romanos y godos. Así que Teodorico es entregado como rehén por los godos y es llevado a la ciudad de Constantinopla ante el emperador León, y como era un niño agradable se ganó el favor imperial.

Capítulo LIII. Los ostrogodos se enfrentan a los suevos

272. Así pues, después de establecerse una sólida paz entre godos y romanos, los godos vieron que lo que recibían del emperador no les resultaba suficiente y, deseosos de demostrar una vez más su acostumbrado valor, comenzaron a saquear a los pueblos vecinos en los alrededores de su territorio, comenzando sus ataques por los sadagos, que ocupaban la Panonia interior. Cuando se enteró de esto el rey huno Dinzico, hijo de Atila, reunió en torno a sí a los pocos pueblos que le parecía que aún permanecían bajo su autoridad –ultinzuros, angisciros, bituguros, bardoros– y llegó a la ciudad panonia de Basiana, la cercó con una empalizada y comenzó a saquear los territorios cercanos.

273. Al saberlo los godos, abandonaron allí donde se encontraban la expedición que habían preparado contra los sadagos, se volvieron contra los hunos y los expulsaron de su territorio tan muertos de vergüenza que desde aquel momento los hunos que sobrevivieron continúan teniendo pavor a las armas de los godos.

274. Cuando las hordas de los hunos fueron finalmente apaciguadas por los godos, Hunimundo, caudillo de los suevos, pasó a las Dalmacias con intención de saquearlas y se apoderó de los rebaños de los godos que pastaban libremente en los campos, porque Dalmacia era fronteriza con Suabia y estaba muy lejos de los territorios de Panonia, sobre todo de aquellos en los que estaban establecidos entonces los godos. ¿Y qué sucedió entonces? Pues que cuando Hunimundo volvió con los suevos a sus tierras después de devastar las Dalmacias, Teodomiro, el hermano del rey goda Valamiro, no tanto porque sintiera la pérdida de sus rebaños, sino sobre todo porque temía que los suevos se tomaran mayores libertades si su acción quedaba impune, se mantuvo al acecho mientras éstos volvían a sus tierras y los atacó durante la noche, cuando menos se lo esperaban, a orillas del lago Pelso. En este inesperado combate les infligió tan tremenda derrota que incluso el

propio rey Hunimundo fue hecho prisionero, y todos los soldados de su ejército que habían escapado a la muerte a manos de los godos fueron convertidos en esclavos. Y como Teodomiro era muy dado a la clemencia, una vez obtenida su venganza, les concedió su perdón, se reconcilió con los suevos, adoptó como hijo al rey cautivo y lo mandó con los suyos a Suabia.

275. Pero él, olvidándose de la generosidad paterna, llevó a cabo después de algún tiempo una traición que había estado tramando e incitó al pueblo de los esciros, que se asentaban entonces por encima del Danubio y vivían en paz con los godos, a que rompieran su pacto con ellos y se unieran a él para atacar por las armas al pueblo godo. Entonces a los godos, que no sospechaban nada malo, confiados sobre todo en estos dos pueblos vecinos y amigos, la guerra los pilló por sorpresa y, forzados por la necesidad, recurren a las armas, entablan combate de la forma acostumbrada y consiguen vengar la ofensa recibida.

276. Precisamente en esta batalla su rey Valamiro galopaba a lomos de su caballo ante sus tropas para darles ánimos cuando el animal se espantó, cayó al suelo y lanzó por tierra a su jinete, que fue atravesado inmediatamente por las lanzas de sus enemigos y murió. Entonces los godos, exigiendo una reparación tanto por la muerte de su rey como por la injuriosa sublevación, lucharon con tanto ímpetu que apenas quedó alguien perteneciente al pueblo de los esciros para poder llevar este nombre, y los pocos que lo hicieron lo llevaron con deshonor. Hasta ese punto fue completo su exterminio.

Capítulo LIV. Triunfos militares de Teodomiro

277. Los reyes suevos Hunimundo y Alarico se alarmaron ante la desaparición de los esciros y declararon la guerra a los godos, confiados en la ayuda de los sármatas que se habían unido a ellos como tropas auxiliares al mando de sus reyes Beuca y Babai. Hicieron venir a los pocos esciros que habían sobrevivido, con sus jefes Edica y Hunvulfo a la cabeza, pensando que lucharían con mayor arrojo por su afán de venganza, y contaron también con no pocos refuerzos, tanto de los gépidas como del pueblo de los rugos. Después de reunir otros efectivos procedentes de acá y allá para formar un ejército inmenso, acamparon junto al río Bolia en Panonia.

278. Entonces los godos, tras la muerte de Valamiro, recurrieron a su hermano Teodomiro, que aunque ya había gobernado desde hacía tiempo junto con sus hermanos, sin embargo, no había recibido todavía los atributos del poder supremo. Llamó a su hermano menor Vidimiro, compartió con él los preparativos de la guerra y se vio obligado a tomar las armas. Se trabó combate y resultó vencedor el bando de los godos, y con tanta rotundidad, que el campo de batalla, cubierto con la sangre de los enemigos derribados, parecía un mar teñido de rojo. Las armas y los cadáveres amontonados a manera de montículos llenaron el campo de batalla en número superior a diez mil.

279. Los godos contemplaban este espectáculo repletos de un júbilo y de una alegría indescriptibles porque no sólo habían vengado la sangre de su rey Valamiro sino también sus propias afrentas haciendo una carnicería ni maginable en el ejército de los enemigos por lo que respecta a la innumerable y variopinta multitud de enemigos, los que consiguieron escapar llegaron huyendo a su patria con suma dificultad y cargados de vergüenza.

Capítulo LV. Regreso de Teodorico y lucha contra los sármatas

280 Después de algún tiempo, arrecio el frío invernal y se helaron las aguas del río Danubio, como es habitual, pues este río es de los que se congelan como si fuera una roca, hasta el punto de permitir que lo atravesase un ejército a pie, con carros, trineos o cualquier otro vehículo sin necesidad de canoas o de barcos. Así que cuando el rey godo Teodomiro comprobó que se había helado, condujo a su infantería a través del Danubio y se presentó por sorpresa a espaldas de los suevos. La región de los suevos limita al este con los bayovaros, al oeste con los francos, al sur con los burgundios y al norte con los turingos. A estos suevos se habían unido por entonces los alamanes,

que dominaban completamente las cumbres de los Alpes, desde donde corren con gran estrépito las aguas de algunos afluentes que desembocan en el Danubio.

281. Fue, pues, a este lugar tan protegido por la naturaleza adonde condujo al ejército godo el rey Teodomiro en tiempo de invierno, y allí venció, destruyó y casi logró someter tanto al pueblo de los suevos como al de los alamanes que estaban aliados con ellos. Desde allí volvió triunfante a sus propias tierras de las Panonias y recibió con júbilo a su hijo Teodórico, que había entregado como rehén a Constantinopla y que había sido devuelto ya por el emperador León con grandes regalos.

282. Este Teodorico había dejado ya atrás su infancia y había entrado en la juventud, pues acababa de cumplir los dieciocho años. Convocó a algunos de los hombres de confianza de su padre y los unió a otros clientes suyos y gentes del pueblo que lo apreciaban mucho hasta juntar casi seis mil hombres. Sin que lo supiera su padre, cruzó con ellos el Danubio y se dispuso a atacar al rey sárмата Babai, que reinaba entonces henchido de orgullo por su victoria sobre el general romano Camundo. Teodorico cayó sobre él, lo mató, tomó como botín de guerra a su familia y sus bienes, y volvió victorioso al lado de su padre. Después conquistó la ciudad de Singiduno, que habían invadido los sármatas, y no se la devolvió a los romanos, sino que la colocó bajo su propia autoridad.

Capítulo LVI. Conquistas de los ostrogodos en las Galias y Macedonia

283. Más tarde escasearon los botines procedentes de los pueblos vecinos y a los godos comenzaron a faltarles alimentos y vestidos, de modo que a estos hombres, a los que las guerras les habían suministrado sus medios de vida durante tanto tiempo, la paz comenzó a resultarles perjudicial. Así que se presentan todos los godos vociferando ante su rey Teodomiro y le ruegan que se dirija con su gran ejército a la región que quiera. Éste hizo venir a su hermano y, después de echarlo a suerte, le aconsejó que se dirigiera a Italia, donde entonces reinaba el emperador Glicerio, mientras que él, que contaba con unos efectivos superiores, se dirigiría al Imperio de Oriente. Y así lo hicieron.

284. Pero nada más entrar en las tierras de Italia Vidimiro pagó su último tributo al destino y abandonó los asuntos de este mundo, dejando como sucesor a su hijo, que se llamaba también Vidimiro. El emperador Glicerio le ofreció sus presentes y lo hizo pasar de Italia a las Galias, que estaban asediadas por diversos pueblos de los alrededores, asegurándole que sus parientes los visigodos tenían también su reino en los territorios cercanos. ¿Y qué sucedió entonces? Pues que Vidimiro aceptó los regalos de Glicerio así como sus prescripciones y pasó a las Galias, donde se unió con sus parientes visigodos para formar un solo cuerpo, como lo habían sido antaño, y así se hicieron dueños de las provincias de las Galias y de Hispania y las defendieron con sus tropas para que ningún otro pueblo se apoderara de ellas.

285. Por lo que respecta a su hermano mayor Teodomiro, atravesó con los suyos el río Savo y amenazó a los soldados sármatas con declararles la guerra si alguno de ellos intentaba oponerles resistencia. Aquéllos no se movieron por temor y sobre todo porque no podían enfrentarse a un ejército tan numeroso. Viendo Teodomiro que la fortuna le sonríe por doquier, invade Naiso, la primera ciudad del Ilírico, y envía a su hijo Teodorico junto con los condes Astat e Invilia a Ulpiana a través de la fortaleza de Hércules.

286. Éstos, a su llegada, logran la rendición de aquella ciudad así como de Estobi, y entran por vez primera en algunas zonas del Ilirico que hasta entonces les habían sido inaccesibles. Las ciudades tesalias de Heraclea y Larisa, primero las saquearon y luego tomaron posesión de ellas según el derecho de guerra. Pero el rey Teodomiro, que aunque reconoce sus éxitos y los de su hijo no se da por satisfecho con ellos, sale de la ciudad de Naiso dejando algunos hombres para defenderla y se dirige a Tesalónica, en donde se encontraba el patricio Hilariano, que había sido enviado con sus tropas por el emperador.

287. Cuando vio que los godos levantaban empalizadas alrededor de Tesalónica y que no iba a poder resistirse a ellos, Hilariano envió una embajada al rey Teodomiro ofreciéndole regalos y consiguió convencerlo para que no destruya la ciudad. Después de sellarse un pacto entre los godos y el general romano, les entregó voluntariamente, para que se asentaran allí, Cirro, Pela, Europa, Mediana, Petina, Beroea y otro lugar llamado Dio. Los godos, con su rey a la cabeza, abandonaron las armas y vivieron allí tranquilos después de firmar el tratado de paz.

288. Poco tiempo después el rey Teodomiro contrajo una enfermedad mortal en la ciudad de Cirro, convocó a los godos y designó heredero del reino a su hijo Teodorico poco antes de abandonar los asuntos de este mundo.

Capítulo LVII. Teodorico vence a Odoacro y se proclama rey de Italia

289. El emperador Zenón recibió con alegría la noticia de que Teodorico había sido proclamado rey por su pueblo y le hizo llegar una misiva en la que le ordenaba que viniera a la Capital, donde lo recibió con los honores debidos y lo colocó entre los proceres de la corte. Incluso después de algún tiempo, para honrarlo aún más, lo adoptó como hijo de armas y le ofreció un triunfo en la ciudad que pagó con su propio dinero, llegando incluso al extremo de nombrarlo cónsul ordinario lo que se considera el bien máspreciado y el principal honor en este mundo. Y no sólo esto, sino que también mandó colocar una estatua ecuestre suya en el patio de su palacio para celebrar la fama de un hombre tan distinguido.

290. Pero en esto Teodorico, que estaba ligado al emperador por un tratado, se entera de que, mientras él goza en Constantinopla de todo tipo de comodidades, su pueblo, que estaba asentado en el Ilírico, como hemos dicho, no estaba pasando por una buena situación y arrostraba todo tipo de penalidades. Entonces prefirió, según la costumbre de su raza, buscar su propio sustento con esfuerzo antes que seguir disfrutando ociosamente de los bienes del Imperio Romano, mientras que su pueblo sufría privaciones. Por ello, después de meditarlo mucho, se dirigió al emperador en estos términos: *«Aunque nada nos falta a los que servimos a vuestro Imperio, sin embargo quisiera que escucharais de buen grado el deseo de mi corazón, si vuestra benevolencia lo considera digno».*

291. Y cuando, como de costumbre, se le concedió la posibilidad de hablar abiertamente, continuó diciendo: *«La región de Hesperia, que durante tanto tiempo estuvo bajo la autoridad de vuestros predecesores en los siglos pasados, y aquella ciudad que fue capital y señora del mundo, ¿por qué sufre ahora la tiranía de los torcingos y de los rugos? Enviame con mi pueblo, si lo consideras oportuno, para que no tengas que correr aquí con el peso de los gastos que te ocasiono, y si logro vencer allí, con la ayuda del Señor, brillará por todas partes la fama de vuestra benevolencia. Pues es sin duda más conveniente que si consigo vencer yo, que soy vuestro siervo y vuestro hijo, me concedáis ese reino y que yo lo gobierne, antes que uno que no conocéis oprima a vuestro Senado con su yugo tiránico y someta a una parte de vuestro Imperio a una servidumbre de esclavos. Pues si venzo yo seré su dueño porque vos me lo habréis concedido como regalo, y si fuera vencido nada perderéis; es más, os ahorraréis los gastos de mi estancia, como ya os he dicho.»*

292. Una vez que lo hubo escuchado, aunque le dolía su marcha, le concedió lo que pedía por no contrariarlo, lo colmó de regalos y le permitió partir con una recomendación para el Senado y el pueblo de Roma. Así pues, Teodorico, después de abandonar la capital imperial y de volver junto a los suyos, se dirigió hacia Hesperia con todo el pueblo godo, que concedió asentimiento unánime a sus planes. Subió en línea recta por Sirmio hasta la vecina Panonia y desde allí entró en el territorio del Véneto, acampando junto al puente llamado de Santio.

293. Mientras estaba allí detenido algún tiempo para que los hombres y las bestias de carga se recuperaran del viaje, Odoacro envió su ejército contra él. Teodorico salió a su encuentro en los campos de Verona y lo destruyó en una gran matanza. Levantó luego su campamento, entró en el

territorio italiano con mayor osadía y después de atravesar el río Po acampó junto a la ciudad real de Ravena, en un lugar llamado Pineta, a tres millas escasas de la ciudad. Cuando lo ve Odoacro, se atrinchera en el interior de la ciudad y desde allí acosa al ejército godo con frecuentes salidas por sorpresa durante la noche. Y esto no lo hizo una vez ni dos, sino muy regularmente por espacio de tres años.

294. Pero sus esfuerzos eran en vano, porque toda Italia reconocía como señor a Teodorico y todo aquel Estado obedecía a su voluntad. Tan sólo él, con unos pocos adláteres y algunos romanos que lo acompañaban, sufría a diario refugiado en Ravena por causa del hambre y de la guerra. Y como vio que no conseguía nada envió una embajada pidiendo perdón.

295. Teodorico se lo concedió en un primer momento, pero después le quitó la vida. Y así fue como al tercer año de su entrada en Italia con el consentimiento del emperador Zenón, Teodorico se quitó la vestimenta de hombre particular y miembro del pueblo y recibió el ilustre manto real que lo acreditaba como rey de godos y romanos. Entonces envió una legación a Lodoino⁴⁶, rey de los francos, en la que le pedía a su hija Audefleda en matrimonio.

296. Lodoino se la concedió gustoso y de muy buen grado, pensando que con esta alianza sus hijos Childeberto, Heldeberto y Teodeberto se convertirían en aliados de los godos mediante la firma de un tratado. Pero este enlace no supuso la concordia ni la paz, porque en muchísimas ocasiones lucharon entre ellos con saña por las tierras de los galos y nunca los godos retrocedieron ante los francos en vida de Teodorico.

Capítulo LVIII. Política exterior de Teodorico

297. Pero antes de tener descendencia con Audefleda, tuvo dos hijas naturales con una concubina que nacieron cuando aún estaba en Mesia. Una de ellas se llamaba Teudigota y la otra Ostrogota. Tan pronto como llegó a Italia las unió en matrimonio con los reyes vecinos, una con el visigodo Alarico y la otra con el burgundio Segismundo.

298. De Alarico nació Amalarico, que tuvo, pues, como abuelo a Teodorico, y como se quedó de muy niño huérfano de padre y madre, lo cuidó y lo tomó bajo su protección. Se entera también de que Eutarico, el hijo de Viterico y nieto de Berimundo y Turismundo, descendiente de la estirpe de los Ámalos, estaba viviendo en Hispania y que era un joven que destacaba por su valor e inteligencia así como por su fortaleza física.

299. Lo hace venir a su presencia y lo une en matrimonio con su hija Amalasunta. Y para que su descendencia se dilatara lo máximo posible, manda a su hermana Amalafrida, madre de Teodado el que después fue rey, a África como esposa del rey vándalo Trasamundo, y a la hija de ésta, su nieta Amalaberga, la casa con Herminefredo, rey de los turingos.

300. Envía también al conde Piza, al que había elegido entre los godos más notables, para que conquiste la ciudad de Sirmio. Éste expulsó al rey Trasarico, hijo de Trastila, retuvo a su madre como prisionera y se apoderó de la ciudad. Desde allí se dirigió contra Sabiniano, jefe de la milicia del Ilirico, que estaba por entonces preparándose para atacar a Mundo en la ciudad llamada Margoplano, que estaba situada entre los ríos Danubio y Margo. Llegó, pues, en ayuda de Mundo con dos mil soldados de infantería y quinientos jinetes y destruyó al ejército del Ilirico.

301. El caso es que este Mundo descendía de los pueblos de Atila y había cruzado el Danubio huyendo del pueblo de los gépidas después de andar errante por lugares agrestes y despoblados. Había reunido a muchos ladrones de ganado, salteadores de caminos y otros bandidos de procedencia diversa, y se había apoderado de la torre llamada Herta, situada en la ribera superior del Danubio. Allí se había convertido en rey de sus bandidos y, unido a sus vecinos, se dedicaba al saqueo de manera salvaje. Así es que Piza llegó en su auxilio cuando se encontraba ya en una situación desesperada, casi a punto de rendirse, lo libró de las garras de Sabiniano y lo hizo súbdito agradecido del rey Teodorico.

⁴⁶ Clodoveo.

302. No fue menor el triunfo que consiguió sobre los francos en las Galias por medio de su conde Ibba, ya que perdieron la vida en la guerra más de treinta mil francos. Luego, después de la muerte de su yerno Alarico, nombró a su ayuda de campo, Teudis, tutor de su nieto Amalarico en el reino de Hispania. Este Amalarico perdió juntamente el reino y la vida en plena juventud, engañado por las traiciones de los francos. Después Teudis conquistó de nuevo el reino como tutor que era, y consiguió expulsar de Hispania a los francos con sus pérfidas insidias, de modo que mientras vivió los visigodos continuaron gobernando.

303. Tras él subió al trono Teodegisclo, que no reinó mucho tiempo, porque fue asesinado por los suyos. Lo sucedió Agila, que continúa reinando ahora. Contra él se sublevó Atanagildo, que llamó en su ayuda a las tropas del Imperio Romano y por eso fue enviado allí el patricio Liberio con un ejército. En conclusión, mientras vivió Teodorico no hubo en Occidente ningún pueblo que no estuviese subordinado a él, bien por amistad, bien por sometimiento.

Capítulo LIX. Muerte de Teodórico y reinado de Atalarico

304. Pero como Teodorico había llegado ya a la vejez y se daba cuenta de que dejaría pronto este mundo, convocó a los condes godos y a los más notables de su reino y proclamó rey a Atalarico, que era todavía un niño que no había cumplido los diez años, hijo de su hija Amalasantha y huérfano de su padre Eutarico. Les ordenó, como si se tratara de un testamento pronunciado oralmente, que honraran a su rey, que estimaran al Senado y al pueblo de Roma, y que imploraran, después del divino, el favor y el auxilio del emperador de Oriente.

305. Mientras vivieron el rey Atalarico y su madre guardaron fielmente este precepto, y así reinaron en paz durante casi ocho años. Sin embargo, los francos desconfiaban de que este niño pudiera reinar e incluso lo despreciaban, y por ello tramaron una guerra contra él, de modo que Atalarico tuvo que cederles las tierras de las Galias que habían ocupado su padre y su abuelo. El resto de sus dominios los conservó tranquilos y en paz. Cuando Atalarico se acercaba a la flor de la edad, confió tanto su propia juventud como la viudedad de su madre al emperador de Oriente, pero poco después el desdichado abandonó los asuntos de este mundo sorprendido por una muerte prematura.

306. Entonces su madre, pensando que los godos la despreciarían por la fragilidad de su sexo, hizo venir a su primo Teodado de Toscana, donde vivía como un particular en sus propias tierras, y lo colocó en el trono en virtud del parentesco que los unía. Pero éste, olvidándose de sus vínculos de sangre, la sacó al poco tiempo del palacio de Ravena y la desterró a una isla del lago Bolsena, donde a los pocos días de vivir sumida en la tristeza fue estrangulada en los baños por la guardia de Teodado.

Capítulo LX. Justiniano emperador: conquistas de Belisario en Italia

307. Cuando se enteró de esto Justiniano, se conmovió profundamente y consideró como una afrenta personal la muerte de sus protegidos. Precisamente por esta época había conseguido una gran victoria sobre los vándalos en África, gracias a la eficaz intervención de su muy leal patricio Belisario, y mandó a este mismo general que atacara sin dilación a los godos, cuando todavía sus armas estaban empapadas de la sangre de los vándalos.

308. Este clarividente general consideró que no podría someter al pueblo de los getas si no conquistaba primero Sicilia, que era la que les suministraba los alimentos. Y así lo hizo: entró en la isla por Trinacria y pronto los godos que residían en Siracusa, viendo que no podían oponerle resistencia, se entregaron voluntariamente a Belisario con su caudillo Sinderito. Así pues, cuando Teodado supo que el general romano había invadido Sicilia envió a su yerno Evermundo para que

protegiera el estrecho situado entre Campania y Sicilia, así como el extenso golfo del mar Tirreno donde se une con las corrientes del Adriático⁴⁷.

309. Cuando Evermundo se aproximó a la ciudad de Regio, estableció allí su campamento y, al comprobar que los suyos llevaban todas las de perder, se pasó sin tardanza al bando del vencedor con unos pocos subordinados totalmente leales. Se arrojó espontáneamente a los pies de Belisario y le rogó que le permitiera servir al Imperio Romano. Al saberlo, el ejército godo denuncia a gritos la complicidad de Teodado y considera que debe expulsarlo del trono y proclamar rey al general Vitigis, que era su ayuda de campo. Y así lo hicieron.

310. Vitigis es proclamado rey inmediatamente en los Campos Barbáricos y entra en Roma. Manda a unos pocos hombres leales que vayan antes que él a Ravena y asesinen a Teodado, y éstos cumplen sus órdenes. Un mensajero enviado por el nuevo rey Vitigis, que se encontraba aún en los Campos Barbáricos, anuncia a los distintos pueblos que el rey Teodado ha sido asesinado.

311. Entretanto el ejército romano atravesó el estrecho, llegó a Campania y después de conquistar Nápoles, entró en Roma, de donde había salido pocos días antes Vitigis para dirigirse a Ravena y casarse con Matesuenta, hija de Amalasu-nta y nieta del difunto rey Teodorico. Y mientras estaba con su corte real en Ravena disfrutando de su reciente matrimonio, el ejército imperial, que había salido de Roma, ocupa las plazas fuertes de las dos Toscanas.

312. Cuando unos mensajeros informaron de esto a Vitigis, envió a Perugia un ejército bien pertrechado al mando de Hunila. Mientras tratan de derrotar con un largo asedio al conde Magno, que permanecía allí con un pequeño ejército, se presentan las tropas romanas y son totalmente vencidos y aniquilados. Al saberlo Vitigis, cual león enfurecido, reúne todo el ejército godo, sale de Ravena y somete las murallas romanas a un prolongado asedio. Pero su audacia resulta inútil, porque después de catorce meses tiene que abandonar el asedio de la ciudad y prepararse para atacar Rímimi, desde donde después de fracasar del mismo modo se ve obligado a huir de nuevo y refugiarse en Ravena. Allí fue cercado y tuvo que rendirse voluntariamente al vencedor poco después con su esposa Matesuenta y sus riquezas reales.

313. De este modo este reino tan famoso y este valerosísimo pueblo que había sido soberano durante un extenso período de casi dos mil treinta años cayeron en poder del emperador Justiniano, vencedor de diferentes pueblos, gracias a la intervención de su muy leal Belisario. Vitigis fue llevado a Constantinopla y se le concedió la dignidad de patricio. Allí permaneció más de dos años gozando del afecto del emperador y luego abandonó los asuntos de este mundo.

314. Su esposa Matesuenta, por su parte, se casó con el patricio Germano, primo del emperador, y tuvieron un hijo llamado también Germano, que nació después de la muerte de su padre. En este niño se unieron las estirpes de los Anicios y de los Ámalos y, con la ayuda del Señor, constituye la esperanza de ambas familias.

315. Hasta aquí nuestro relato sobre los orígenes de los getas, la nobleza de los Ámalos y las hazañas de estos hombres valerosos. Esta raza tan encomiable se sometió a un príncipe más digno, si cabe, de alabanza, y a un valiente general, cuya gloria no será silenciada por los siglos ni las edades futuras, sino que tanto el emperador Justiniano como su cónsul Belisario recibirán los títulos de vencedores de los vándalos, los africanos y los getas.

316. Has de saber, tú que estas leyendo esta obra, que yo me he limitado a seguir los escritos de los Antiguos y a recoger unas pocas florecillas de sus vastas praderas para trenzar con ellas, en la medida de mis posibilidades, una corona para el que quiera informarse. He referido tan solo lo que he leído y escuchado, y que nadie piense que, puesto que yo procedo también de este pueblo del que he tratado, he añadido nada a favor de él. Además, no he recogido en mi exposición todo lo que se ha escrito o narrado de ellos para su propia gloria, sino sobre todo para la de aquel que los venció.

⁴⁷ Como en el § 156 *supra*, se trata del mar Jónico. (Nota del editor)